

LIBRO OCTAVO

Continúa el análisis de Estrabón.—Africa.—Viaje de Eudoxio

DE todas las partes del mundo es el África la en que menos descubrimientos hicieron los antiguos desde el siglo de Herodoto. Este viajero historiador había recogido en Menfis y en Cirene las noticias que poseían los sacerdotes egipcios y los griegos establecidos en Africa; pero, no habiendo podido conseguir de los conocimientos de los cartaginenses más que algunos fragmentos, de aquí fué que sus penetrantes miradas no alcanzaran en muy lejana oscuridad las fuentes del Nilo, tal vez el Níger y el monte Atlas; y, en pasando de estos límites, la prudencia le impide emitir juicio alguno.

Desde aquella época el antiguo Egipto, trasformado en monarquía griega, dirigió sus conquistas y sus descubrimientos hacia el golfo Arábigo y el mar de la India. Eratósthenes había recogido en

Alejandro algunas noticias muy exactas sobre las grandes sinuosidades que presenta el curso del Nilo en la Nubia; así es que distingue más claramente que Herodoto el verdadero Nilo procedente del oeste, nuestro Bahr-el-Abiad, el *Atapo*, que es el Nilo de Abisinia, el Bahr-el-Azrak ó el Abava, y el *Astaboras* ó nuestro Tacazze. Sin duda Estrabón había tomado de Eratósthenes lo que nos dice acerca del lago *Pseboa*, que al parecer es el de Dembea en Abisinia; mas no hay circunstancia alguna que nos induzca á creer que el sabio bibliotecario haya conocido las fuentes del gran Nilo, ni que los egipcios hayan traspuesto los actuales límites de Abisinia. El famoso *monumento de Adulis*, que atribuye á Ptolomeo Evergetes suponiendo una expedición á Etiopía en el año veintisiete de su reinado, cuando

por confesión de todos los cronologistas este príncipe no reinó mas que de veinticinco á veintiséis años, ha dado origen á la duda de su autenticidad; mas, si se quieren adoptar como acontecimientos históricos las conquistas enunciadas en la fastuosa inscripción de Ptolomeo, fácilmente se observará que todos los nombres de dicha inscripción, que por cierto apenas es posible reconocer, se hallan aún en nuestros días en el espacio comprendido entre el golfo Arábigo y el falso Nilo de Abisinia ó el Astapo de los antiguos. La nación *Gaza* designa á los abisinios, que se llaman á sí mismos *agazos*; las comarcas de *Semena* ó Samén, de *Tziama*, situada en los alrededores del lago de Dembea ó de Tzàna, de *Bega* ó Begamder, y de *Agamer*, cuyo nombre se ha conservado, figuran todavía en los mapas modernos de la Abisinia oriental; el país de los *tangaits*, desde donde Ptolomeo abrió un gran camino á Egipto, no es otro, al parecer, que el *Taka* del río Mareb; y si los *athagaus* son los agows de los modernos, indudablemente viven cerca de las fuentes del Astapo. Hay nombres, como los de *Calaas* y de *Ava*, que al parecer nos llevan al sudeste de Abisinia, en las orillas del Hawasch, cerca de la antigua mansión de los feroces gallas; pero los *rausos*, según la inscripción misma, habitaban la *Berbería de los Aromas*, es decir, en la costa de Adel; lo que induciría á reconocer en los *avas* del monumento á los *avalitas*, colocados por todos los antiguos en las cercanías de Zeila, al paso que la *Zingabene* no se refiere á la costa de Zanguebar, sino al cabo *Zingis* del geógrafo Ptolomeo, que es el cabo Orfú de los modernos. Así es que, si se admite la autenticidad del monumento de Adulis (autenticidad apoyada después con el descubrimiento de otra inscripción parecida), la expedición de Ptolomeo Ever-

getes no traspasa los límites del mundo conocido por Herodoto y Eratósthenes.

Los cartagineses tenían probablemente relaciones menos interrumpidas con los pueblos del Níger; pero, cuando aquel pueblo tan ilustrado como industrial sucumbió bajo el hierro de los opresores del mundo, sus descubrimientos quedaron perdidos, despreciados ó puestos en duda.

Se ve, pues, que en tiempos de Estrabón el interior del Africa era casi de todo punto desconocido, puesto que los griegos no frecuentaban más que la costa del Mediterráneo y las cercanías del Nilo. Su opinión acerca del conjunto de esta parte del mundo era que su forma semejaba á la de un trapecio, ó que la costa, desde el estrecho de las Columnas hasta Pelusa, podía considerarse como la base de un triángulo rectángulo, entre cuyos lados el Nilo era el perpendicular que iba hasta Etiopía y el Oceano, mientras que la costa comprendida entre Etiopía y el estrecho formaba la hipotenusa. El vértice de este triángulo se extendía más allá de los límites de la Tierra habitable, siendo en consecuencia mirado como inaccesible; por cuyo motivo Estrabón confiesa no poder expresar la anchura precisa de esta parte del Africa.

No conocía, en verdad, mucho más profundamente la costa occidental, puesto que dice que al pasar el estrecho se encuentra una montaña llamada *Atlas* por los griegos, *Dyris* por los bárbaros; que avanzando luego en dirección al oeste se ve el cabo *Cotes*, y en seguida, en frente de Gades, y á 800 estadios de distancia, la ciudad denominada *Tinga* por los naturales, *Linx* por Artemidoro, y *Lixus* por Eratósthenes; que estas dos ciudades distan todavía 800 estadios de las Columnas de Hércules; que al sur de Tinga hay el golfo *Empórico*, donde los

fenicios habian fundado algunos establecimientos; que después de este golfo toda la costa se presenta hueca, y, dejando á un lado sus sinuosidades, es preciso imaginar que corre directamente entre el mediodía y el este para juntarse con el vértice del triángulo de que habla antes.

Se puede tolerar á Estrabón la ligereza con que rechaza los descubrimientos de los cartagineses á lo largo de la costa occidental del Africa, puesto que nada arguye que haya leído el periplo de Hanón, del que hemos dado minuciosa cuenta. El error que se le puede indudablemente echar en cara, puesto que le pertenece exclusivamente, es el de haber situado el monte Atlas en el estrecho de las Columnas, al oriente del cabo Cortes; siendo así que podía saber por Polibio que esta montaña debía estar situada mucho más allá, sobre la costa occidental del África bañada por el Oceano Atlántico, á la cual ha dado su nombre.

A la vista de las costas orientales, cita Estrabón un periplo de Artemidoro que lleva desde el estrecho de *Dira*, ó de Bab-el-Mandeb, hasta el *Cuerno del Mediodía*, que, según las medidas comparadas de Ptolomeo y de Marino de Tiro, corresponde al cabo Bandellans, situado al mediodía del cabo Guardafuí. Allí hay una costa desierta que detuvo por largo tiempo á los navegantes griegos de Egipto.

Así fué cómo se creyó que las costas occidentales y orientales del África se inclinaban la una al este, y al oeste la otra, á 8,800 estadios del Ecuador, ó, en términos modernos, á doce grados y medio de latitud, que es donde Estrabón coloca sus *etiopes eterios* del lado del oeste, y la *region cinamomífera* del lado del este. Sólo quedaba entre estos dos países un brevísimo espacio adonde no habían pe-

netrado los viajeros en razón de los fuertes calores, pero que se suponía generalmente bañado por los Oceanos Atlántico é Indico, que en él se confundían. Los sabios de la escuela de Alejandría prohicieron en su mayor parte esta opinión, que suponía al Africa la mitad menos larga de lo que es en realidad, haciéndola más pequeña que Europa; y la contraria opinión de Hiparco, que incorporaba el África oriental á la India, quedó por mucho tiempo despreciada, hasta que fué adoptada por Marino de Tiro y por Ptolomeo; aunque no por esto dejó de conservarse la primera en el oeste de Europa, donde ha contribuído al descubrimiento de la travesía del cabo de Buena Esperanza.

Las opiniones sistemáticas de Eratóstenes y de Estrabón, al par que reducían la extensión del África, recordaban tal vez á estos geógrafos la tradición de que los fenicios habían dado la vuelta á este continente. Una circunstancia, sin embargo, los contenía; á saber: los fuertes calores de la parte del África situada bajo el trópico; los cuales, según la opinión más acreditada, y que no deja de ser á primera vista la más plausible, debían ir creciendo en proporción á la proximidad del Ecuador hasta el punto de hacer á la zona tórrida, si no inaccesible, inhabitable por lo menos. Verdad es que algunos sabios, entre ellos Posidonio de Rodas, se esforzaron en probar la posibilidad de una navegación alrededor del África; de manera que, entre sus racionios, Estrabón nos ha conservado un trozo de mucha cuenta que nos da á conocer las atrevidas empresas acometidas por Eudoxio de Cízico para realizar dicho viaje.

«Posidonio,—dice este geógrafo, hablando de los que suponen haber navegado alrededor del África,—refiere que un tal *Eudoxio*, diputado por la ciudad

de Cízico para llevar la ofrenda solemne á los juegos corintios, llegó á Egipto en tiempo de Evergetes II, y que tuvo algunas conferencias con este Príncipe y sus ministros, especialmente sobre la navegación del Nilo en su parte superior. Este hombre era entusiasta por las investigaciones topográficas, y no carecía de cierta erudición.

»Quiso al propio tiempo la casualidad que unos guarda-costas del golfo Árabe llevaran al Rey un indio que, según decían, habían hallado solo y medio muerto en un buque, pero sin que pudieran saber quién era ni de dónde venía, porque no entendían su lengua. Pusiéronle á cargo de ciertos sujetos que le enseñaron un poco el griego; y cuando lo supo refirió como después de haberse hecho á la vela desde la costa de la India se había extraviado, y que después de haber visto á todos sus compañeros morir de hambre había aportado en el punto donde le hallaron. Finalmente, prometió que si querían soltarle mostraría el camino de las Indias á los pilotos á quienes el Rey tuviera á bien encargar esta comisión.

»Eudoxio perteneció á este número, el cual salió con diferentes objetos destinados á presentes, y en cambio volvió con aromas y piedras preciosas, de las que las unas eran arrastradas entre los guijarros de los ríos, y las otras extraídas de las entrañas de la tierra, donde se forman por la concreción del agua, lo mismo que entre nosotros sucede con los cristales; pero no sacó ninguna de las ventajas que esperaba, porque el Rey se apropió cuanto había traído.

»Después de la muerte de Evergetes, Cleopatra, su viuda, tomó las riendas del gobierno, la cual mandó nuevamente á Eudoxio mucho más provisto que la vez primera. A su regreso los vientos le llevaron á la costa de Etiopía; y, habiendo

aportado en varios puntos, distribuyó á los habitantes cierta cantidad de trigo, vino é higos secos, artículos desconocidos de ellos, y por este medio se granjeó su amistad y recibió en cambio algunos socorros y guías. Además apuntó algunas palabras de su lengua, topó con un pedazo de madera que formaba el espolón de un buque, donde había esculpida una figura de caballo; y, habiendo sabido que aquel buque había pertenecido á ciertos hombres llegados de occidente, le llevó consigo continuando su derrota.

»Al llegar á Egipto encontró destronada á Cleopatra; el hijo de esta Reina había subido al trono, y Eudoxio fué segunda vez despojado de cuanto traía, por sospechas de que había distraído muchos objetos en provecho propio. En cuanto á los restos de la nave en que se embarcó, sujetóseles luego al examen de los pilotos, los cuales los reconocieron como parte de un buque de *Gades*. Los comerciantes más acaudalados de esta ciudad poseen buques de mucho porte, pero los menos ricos se sirven de unos buques pequeños que llaman *caballos*, porque tienen en la proa la figura de un caballo, y los emplean en ir á pescar en las costas de Mauritania hasta el río Lixo. Pilotos hubo que reconocieron en aquellos restos los de cierto buque que había probado con otros muchos á trasponer el Lixo, sin que jamás se hubiese sabido nada de su paradero.

»Por estas relaciones supuso Eudoxio que sería posible dar la vuelta al África por mar; por cuyo motivo regresó á su casa, haciéndose nuevamente á la vela con todo lo que poseía. Primeramente hizo escala en Dicearchia (cerca de Nápoles), luego en Marsella, y, recorriendo toda la costa hasta Gades, anunciaba donde quiera su proyecto en voz muy alta, y procuraba reunir fondos, con

cuyo auxilio armó una gran nave y dos barcazas semejantes á las embarcaciones ligeras de los piratas; y á bordo de ellas metió algunos jóvenes esclavos músicos, médicos ó adiestrados en algún otro arte. Hízose á la vela para la India á favor de unos céfiros que soplaban sin interrupción, pero el cansancio de la tripulación le obligó á abordar á donde les conducía el viento, por mas que temiera el efecto del flujo y reflujo. No dejó de experimentar el desastre que había previsto: la gruesa nave tropezó, aunque con poca fuerza, de manera que no se estrelló súbitamente, puesto que pudieron salvarse las mercancías, y aun la mayor parte de las costillas del buque, con las que se construyó una tercera embarcación del porte de un buque de cincuenta remos. Continuó Eudoxio su derrota, hasta que por último halló unos pueblos que hablaban la misma lengua de la que había apuntado algunas palabras; de cuya circunstancia infirió que aquellos pueblos eran de la misma nación que los etíopes, entre los cuales en otro tiempo había aportado, y semejantes á los que había visto en el reino de Bogo (reino hoy de Fez).

«Renunció por entonces á su viaje á las Indias, retrocediendo; y, habiendo observado una isla desierta, muy abundante en agua y en maderas, procuró determinar su posición. Llegado felizmente á Mauritania, vendió su buque, y se encaminó por tierra al encuentro de Bogo, á quien quiso persuadir que enviara una flota á los puntos de donde acababa de llegar; mas el consejo de este príncipe se opuso á ello, por temor de mostrar así el camino á los extranjeros, y abrir el país á sus incursiones. Habiendo, además, sabido Eudoxio que, so pretexto de encargarle la ejecución de su proyecto, querían llevarle á alguna isla desierta y abandonarle en ella, refugióse en las tierras sujetas á la dominación romana, y

de allí se trasladó á Iberia. Armó nuevamente un barco chato y otro oblongo de cincuenta remos: el primero para reconocer las costas, el segundo para engolfarse; embarcó algunos útiles de labranza, semillas, y operarios para edificar, y dió nuevo principio á su viaje, determinando, caso que la navegación se prolongara demasiado, invernar en la isla anteriormente descubierta, sembrar algo, recoger la cosecha, y en seguida dar fin y remate á su empresa. He aquí,—dice Posidonio,—todo lo que he sabido de las aventuras de Eudoxio: seguramente los habitantes de Gades y de Iberia saben lo que le ocurrió posteriormente.»

¿Cómo leer este sencillo relato, donde no se trasluce el más remoto deseo de elogiar á Eudoxio, sin sentirse penetrado de admiración por este hombre ilustrado, intrépido, y que, lleno de una idea grande, lucha con tanta perseverancia contra las preocupaciones de su siglo, contra la injusticia de los reyes y contra la naturaleza misma? Y, sin embargo, ¿no ha faltado quien acusara á Eudoxio de impostor é inepto! Autores ha habido de mucho peso que le han hecho responsable de los absurdos que de él se han referido. No seremos nosotros quienes compartamos una iniquidad semejante. Que entre los habitantes de Gades haya cundido otra relación fabulosa, según la cual este navegante, saliendo del golfo Arábigo, aportara en Gades, dando la vuelta al África por el sur, no tiene nada de particular, porque las grandes ciudades marítimas han sido en todos tiempos asilo de las relaciones falsas. Que en este relato se han intercalado algunas fábulas absurdas sobre los supuestos pueblos sin boca, sin pies, y aun sin cabeza, con algunos fragmentos mal comprendidos del antiguo periplo de Hanón, es muy cierto; pero ¿cómo es posible desconocer que, si el mismo Eudoxio

quisiera mentir, debiera hacerlo con mayor maña? Finalmente, que el historiador romano Cornelio Nepote haya acogido estos rumores populares con una crítica tan poco severa; que el comendador Mela haya adornado con ellos sus elementos de geografía; que Plinio, Marciano y, si se quiere, otros cien compiladores hayan copiado á Nepote ó Mela; ¿qué puede influir todo esto, á nuestro juicio, sobre el carácter de Eudoxio? Todas las reglas de una sana crítica obligan, en nuestro concepto, á atenernos al relato de Posidonio, paisano y contemporáneo de aquel navegante; y por cierto que, lejos de contener contradicción ni exageración alguna, presenta un simple hecho averiguado, y es que Eudoxio, convencido de la posibilidad de dar la vuelta al África, intentó por dos veces abrir al comercio esta nueva travesía, y que tuvo bastante osadía para engolfarse á favor de los céfiros ó vientos del noroeste y del oeste que reinan en la costa de Mauritania, y que impelieron su popa á lo largo de las costas occidentales del África. Verdad es que no supo cual fué el resultado de su última tentativa.

La extensión del África del lado del mediodía, resultaba, pues, desconocida de Estrabón y sus contemporáneos; la aridez de los desiertos y la inmensidad del Oceano ponían coto al deseo de hacer descubrimientos.

Examinados los pormenores que nos da Estrabón acerca de los países conocidos en África, no podemos menos de admitir una grave acusación entablada contra este geógrafo por Gossellín. El *Egipto*, país cuya antigua celebridad había llamado tanto la atención de Homero; el Egipto, del que nos ha dejado Herodoto un cuadro tan interesante, había excitado igualmente la curiosidad de Estrabón, puesto que hizo un viaje á aquel país; pero precisamente este viaje fué para el

mismo origen de gravísimas censuras.

Después de haber visitado el *Delta*, llamado *Arsinoítes*, hasta el lago *Mæris*, embarcóse Estrabón en un canal paralelo al Nilo, aunque él lo tomó por el mismo Nilo, y el cual le condujo por *Oxirincho* á *Filacia Tebaica*. Allí creyó topar con un canal que llevaba á *Tanis*; mas este canal era en realidad el cauce del Nilo, que desde Menfis había dejado de remontar. Según parece, la rapidez del río dificultaba la navegación contra la corriente, y por esto se hacía uso de canales para llegar al Alto Egipto; pero también parece que un geógrafo no debiera equivocarse sobre el camino que seguía, ni ignorar el gran número de ciudades que encontró navegando por el verdadero Nilo. Estrabón no volvió á entrar en el cauce de este río hasta Panópolis ó Chemmis. En cuanto á las ciudades que había encontrado, habla de ellas como si estuvieran situadas en el Nilo mismo, siendo así que todas se hallan distantes y bañadas por las aguas de un canal que no debe confundirse con el río.

Pueden encontrarse entre la relación de Herodoto y la de Estrabón ciertos puntos de contacto bastante útiles para la geografía. Durante el espacio de los siglos que separa estos dos viajeros, parece que las siete bocas del Nilo han sufrido algunas modificaciones: así es que, yendo del oeste al este, Herodoto conoce: 1.º el brazo *Canópico*, que en la actualidad está casi seco; 2.º el *Bolbitín*, ó el de Roseta, que en nuestros tiempos es el principal; 3.º el *Saítico*, que, atendida la posición de Sais y del nombre saítico, ha debido estar al oeste del brazo Sebenítico, del cual se derivaba; pues aunque Estrabón y muchos modernos, contra los más explícitos términos de Herodoto, pretenden trasferir el nombre de Saítico al brazo *Tanítico*, que está situado á mucha mayor distancia del lado del oriente,

este brazo parece que en la actualidad está confundido con el lago Bourlos; 4.º el *Sebennítico*, que, según Herodoto, no era otra cosa que el brazo principal del Nilo, que corría directamente al mar á través del Delta, y que los modernos han confundido, al parecer sin fundamento, con el brazo que actualmente comunica con el lago Bourlos, el *Butos* de los antiguos; 5.º el *Bucólico*, canal artificial que, formando ya en tiempo de Estrabón uno de los tres brazos principales, parece haber absorbido paulatinamente las aguas del brazo Sabannítico, y que, si bien era llamado *Phatmético* por los autores posteriores á Herodoto, actualmente ha tomado su nombre de la ciudad de Damietta; 6.º el *Mendético*, ó sea el moderno canal de Moez, que se pierde en el lago de Menzaleh, y cuya desembocadura corresponde á la llamada *Dibeh*; finalmente, 7.º el *Pelusiaco*, que, si bien en tiempo de Herodoto era muy considerable, ha acabado por cegarse naturalmente por la gran cantidad de barro que arrastraba consigo, y cuyo brazo *Tanítico*, citado por Estrabón, Plutarco y Plinio, debe de ser un canal abierto con posterioridad á los tiempos de Herodoto, que si ha alcanzado tanta celebridad es únicamente por la necesidad que tenían los geógrafos de encontrar una séptima boca del Nilo en lugar de la del brazo Saítico. En vano se quisiera demostrar la antigüedad de la desembocadura Tanítica por medio de la antigua importancia de la ciudad de *Tanis*; porque toda la fama de esta ciudad se cifra tan sólo en un gravísimo error de los traductores alejandrinos del antiguo Testamento, que siempre que han hallado *Sain* ó *Tsain*, que era el nombre de la antigua capital de Egipto, situada hacia la punta del Delta, y llamada *Heliópolis* por los griegos y *Sais* por Platón, han trasladado este nombre hebreo y egipcio por *Tanis*,

induciendo de esta manera á los modernos á aplicar á esta ciudad insignificante todo cuanto se ha dicho del antiguo esplendor de Heliópolis, á donde habían ido los Platones, los Solones y otros sabios de Grecia para instruirse en las ciencias que por tanto tiempo nos ha encubierto el velo de los geroglíficos, pero que seguramente serán conocidos algún día, merced á la docta perseverancia con que Champollión el jóven ha abierto los arcanos de la escritura geroglífica (1). Esta Heliópolis ó Sain, que fué destruída antes del tiempo de Estrabón, no sólo era diferente de una nueva Heliópolis, indicada por Ptolomeo, y cuyos escombros observó Pooke en Matarca, ó mejor Matarieh, sino también de la ciudad de *Sa*, situada más cerca del mar, y llamada comúnmente Sais por Herodoto.

Entre tantas dificultades, nacidas de las malas traducciones griegas de los nombres egipcios, ¿qué tiene de extraño que en su memoria sobre el Egipto haya acogido d'Anville otros muchos errores? Así, por ejemplo, ha creído imposible conciliar á Herodoto y á Diodoro con Estrabón y Ptolomeo, á no suponer dos lagos *Meris*; mas este famoso estanque, abierto sin duda por la naturaleza y llenado de agua por la providencia de los Reyes de Egipto, no puede menos de reconocerse en el lago Birket-el-Keroun, situado en la provincia de Fayoum. No ha estado más feliz d'Anville al suponer dos *laberintos*, cuando las descripciones de Herodoto y Estrabón aluden indudablemente á un solo y único edificio, con la diferencia de que el primero procede de norte á sur, y el segundo de este á oeste. Lo propio sucede con las aparentes contradicciones de Plinio, de Estra-

(1) Tanis, la verdadera Tanis, parece, sin embargo, haber sido más importante de lo que la supone Malte-Brun.—E. C.

bón y de Diodoro sobre la distancia de Menfis á las *Pirámides*, las que desaparecen en cuanto se valúan las indicaciones de dichos autores en estadios de diferentes valores; pero el lugar más oportuno para exponer circunstanciadamente todo cuanto se refiere á los monumentos del Egipto moderno es la descripción de este país.

Estrabón está de acuerdo con Diodoro asegurando que el Egipto estaba dividido en tiempo de Sesostris en treinta y seis *nomas* ó provincias; pero la discusión de una división topográfica, expuesta naturalmente á muchas mudanzas, no pertenece á la historia general de los conocimientos geográficos. Según costumbre, el Egipto se dividía en alto y bajo: el primero comprendía la *Heptanómida* y la *Tebaida*; el segundo contenía el *Delta* y los países situados al este y al oeste de este país.

El Delta oriental, situado entre el brazo Sebennítico y el brazo Pelusiaco, secos en la actualidad, contenía á *Pelusa*, que era la llave de Egipto; *Bubasto*, donde se celebraban alegremente los juegos de la fiesta de Diana; *Mendes*, donde las mujeres tributaban homenajes impúdicos á un cabrón sagrado; y *Thamiathis*, que estaba situada más cerca del mar que la nueva ciudad de Damietta. Estrabón, de acuerdo con Herodoto y Ptolomeo, aunque no con d'Anville, coloca á Bubasto hacia el vértice del Delta, donde Pococke ha hallado sus ruinas, después de pasada Benalhassar. El canal Bubástico existió todavía mucho tiempo después de estar enjuto el brazo Pelusiaco. El canal que debía abrir una comunicación entre el Mediterráneo y el mar Rojo, canal comenzado y abandonado por Sesostris, Necos y Dario Histaspes, terminado en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, aunque probablemente fué ya destruido antes de Augusto, y que Trajano

parece haber intentado restablecer, llegaba hasta el mismo Nilo, pero cerca de la salida del brazo Pelusiaco, en los alrededores de la ciudad árabe de Patumos.

Desde el Nilo hasta el mar Rojo, espacio en el que los antiguos comprendían la Arabia con la denominación de noma arábica, Estrabón cita á *Facusa*, pueblo indicado por Ptolomeo como capital de provincia, y algunas ciudades importantes. A esta parte de Egipto pertenecían *Arsinoe*, fundada, ó, por mejor decir, engrandecida por Ptolomeo Filadelfo, y embellecida por Cleopatra, que le dió su nombre; *Heroópolis* y *Fagroriópolis*. Cerca de la punta del Delta y en un elevado cerro había la ciudad de *Heliópolis*, que tanta celebridad adquiriera por sus monumentos, por el culto que se tributaba al buey Mnevis, y por la sepultura del Fénix, que en ella renacía de sus cenizas. Esta ciudad, patria de Moisés, en donde habitaron muchos años Platón y su discípulo Eudoxio, sólo ofrecía, ya en tiempo de Estrabón, algunas reliquias que habían podido sustraerse al sacrilégio furor de Cambises.

El Delta occidental contenía las ciudades, florecientes aún, de *Busiris*, con el suntuoso templo de Iris; *Sais*, donde se encendían en la fiesta de Minerva miles de lámparas que iluminaban á larga distancia el río y sus riberas; *Naucratis*, célebre por sus cortesanas, y cuyo puerto, abierto á los comerciantes griegos en los siglos de independencia del Egipto, fué eclipsado posteriormente por el de la ciudad de Alejandría; pero nuestro geógrafo, como todos los antiguos, á excepción de Hecateo, parece haber ignorado ó despreciado la ciudad de *Bolbitina*, situada, á poca diferencia, en el solar de Roseta. A la otra parte del brazo Canópico, donde, según algunos autores, comenzaba la Libia, existía, en la orilla del Nilo, *Canopo*, heredera del comer-

cio y de las licenciosas costumbres de Naucratis.

Más lejos brillaba en las orillas del mar la magnífica, la inmensa *Alejandro*, capital del mundo mercantil, y el más importante foco de las luces geográficas esparcidas por el antiguo mundo. Un incendio del tiempo de Julio César había devorado en gran parte la biblioteca de los Ptolomeos; y, aunque llenaron de nuevo este vacío los tesoros literarios de Pérgamo, ¡ah! estos tesoros se hallaban condenados por el destino á sufrir la misma suerte; ¡tan cierto es que, en su frenesí por acumularlo todo, los pueblos conquistadores contribuyen á destruirlo todo! Aquella suntuosa ciudad, que ocupaba el espacio asaz estrecho de cuatro leguas de circunferencia, contenía trescientas mil personas libres, y tal vez otros tantos esclavos. La luz de su faro era el blanco de millares de embarcaciones mercantes que se dirigían á su puerto, en tanto que otros millares de barquichuelos bogaban por el canal de Canopo cargados de ricos ociosos, de músicos y de mujeres galantes. El carácter de los alejandrinos, estragado por la influencia de una corte corrompida, había ya concitado la ira de Polibio, y, según parece, tampoco ha merecido muchas alabanzas de parte de Estrabón.

En la *Heptanómida*, donde, según hemos visto, se extraviara tan lastimosamente Estrabón, la primera ciudad que se presenta es la antigua capital de *Menfis*, que al parecer ha colocado d'Anville demasiado al sur, ya que Estrabón la sitúa á 3 esquenos solamente, y Plinio á 15 millas romanas sur del punto donde se divide el Nilo. Plinio ha valuado el esqueno en 40 estadios olímpicos; pero la comparación de todas estas medidas con la distancia de Menfis á las *Pirámides* deja siempre alguna incertidumbre en orden al solar de esta ciudad, que en

tiempo de Estrabón debía ya clasificarse entre las de segundo orden.

Otra ciudad de *Arsinoe*, célebre por el famoso laberinto situado en su provincia, y por el culto del cocodrilo, que le había merecido anteriormente el nombre de *Crocodilópolis*. En *Cynópolis* honraban á los perros, por respeto al culto que en ella se tributaba al dios Anubis.

Igualmente pertenecían á la *Heptanómida* muchos *oasis*, islas de verdura en medio del mar de arenas de la Libia. En la parte superior de esta provincia existía *Hermópolis* la grande, que ha dejado ruinas imponentes.

La Tebaida ofrecía Estrabón á *Panópolis*, la *Chemmis* de Herodoto, la *Chemmo* de Diodoro, y el Ichmin de los modernos; *Ptolomaida*, que era la ciudad más grande del país después de Menfis, y cuyo gobierno era republicano; *Licópolis*, donde se tributaba un culto simbólico al lobo; *Abidos*, ó sea la moderna *Madfouneh*, tan célebre por el *Memnonio*, espacioso palacio construido por Memnón; *Tentira*, cuyos moradores eran enemigos irreconciliables de los de *Ombos*, en razón de ser el cocodrilo un justo objeto de horror para los primeros, y una deidad muy respetada entre los segundos. Estrabón pasa también á *Coptos*, que es la *Keft* de nuestros días, en donde Ptolomeo Filadelfo había hecho trazar un camino de diez á doce jornadas que terminaba en *Berenice*, situada en el golfo Árabe, y á cuyo puerto llegaban todas las mercancías de India, de Arabia y de Etiopía, las cuales eran trasportadas á lomo de camellos desde Berenice hasta Coptos, desde donde bajaban el Nilo hasta Alejandro, que era el depósito general del comercio del Asia. *Mios-Hormos*, cuyo solar podía reconocerse por las ruinas del antiguo Kosseir, era un puerto de donde partían anualmente ciento veinte velas. *Apolonópolis*, que se

diferencia de otra más importante con el sobrenombre de *pequeña*, ha sido reemplazada en nuestros tiempos por la de Kous.

Visitó luego Estrabón las sublimes ruinas de la antigua *Tebas*, destruída por Cambises, la *Tebas* de las cien puertas y de los cien nombres, la *Dióspolis* de los griegos y el *No-Ammón* de los hebreos; sin que tampoco dejara de oír el sonido que producía la estatua de Memnún al rayar del alba, ni de ver los pomposos epitafios grabados en los sepulcros de los Reyes de Egipto, y en los cuales se aludía á las muy problemáticas conquistas de aquellos príncipes. Las minas de *Tebas* ocupaban un espacio de 80 estadios olímpicos de largo, cuya medida no es incompatible con la circunferencia de 400 ó 420 estadios egipcios que otros escritores atribuyen á esta ciudad.

Syena presenta á nuestro geógrafo viajero aquel afamado pozo que en el instante del solsticio de estío debía ser iluminado enteramente por los rayos del Sol, por cuyo fenómeno creían los antiguos haber descubierto que *Syena* estaba situada precisamente debajo del trópico; aunque pudiendo igualmente verificarse en el espacio de un cuarto de legua allende ó aquende este círculo astronómico, no ofrece en realidad una noticia cierta. El viaje de Estrabón no pasa de 100 estadios allende *Syena*; pero los generales de Galo avanzaron hasta *Napata*, donde residía la Reina de los etiopes, aunque la capital ordinaria era *Meroe*, situada á 873 millas romanas de *Syena*, en la gran comarca peninsular rodeada por las aguas del Nilo, del *Asaboras* y del *Astapo*. Siglos hacía que se ponía en las nubes el poder de los Reyes de *Meroe*, sin que tampoco se echara aún en olvido el elogio que Homero hace de los etiopes, á quienes apellida los más justos de los hombres; mas Es-

trabón, que hace mención de los *blemias*, negros sumamente deformes; de los *nubas* y de los *megabaros* como tribus etiópicas, confiesa que la pujanza del reino de *Meroe* era muy exagerada, y que aquellos pueblos, menos guerreros que bandidos, debían exclusivamente el buen éxito de sus campañas contra el Egipto á la rapidez de sus marchas. En cambio las relaciones de Diodoro nos muestran, al parecer, á *Meroe* como un estado culto, gobernado por una casta de sacerdotes que podían enviar al rey la orden de morir. Uno de estos monarcas, llamado *Ergamenes*, instruído en la filosofía de los griegos, hizo degollar á los sacerdotes y se declaró déspota; siendo muy posible que esta resolución fuera la causa de la ruina del esplendor de *Meroe*, vinculado en el culto de Júpiter *Ammón* y en el comercio de las caravanas. El mijo, la cebada, la carne y la leche de los carneros sin lana, algunas selvas de ébanos y palmeras, varias minas de cobre, de hierro y de piedras preciosas: tales son las riquezas que Estrabón atribuye á este país. También habla de un templo de oro y de féretros de vidrio donde los habitantes de *Meroe* encerraban los despojos de sus parientes; pero no tiene conocimiento ni de la mesa del Sol, ni de las demás maravillas con que Herodoto enriquecía el país de los etiopes macrobios; y aun parece que tampoco conoce, ó al menos no considera como auténticas, las conquistas atribuídas á Ptolomeo Evergetes por el monumento de *Adulis*.

El silencio de Estrabón y de Eratóstenes, con relación á las fuentes del gran Nilo y á las comarcas vecinas, es una prueba suficiente de que los antiguos no se creían en este punto tan bien informados como suponen algunos de sus comentadores modernos. Verdad es que Diodoro de Sicilia, autor contempo-

ráneo de Estrabón, dice que Anaxágoras había asegurado que las avenidas del Nilo eran efecto de la licuación de las nieves de las altas montañas de Etiopía; mas, al añadir que Eurípides, discípulo de Anaxágoras, colocaba en el Egipto mismo aquellas montañas coronadas de nieve, Diodoro hace muy sospechoso el aserto del filósofo de Clazomenes, á quien además refuta á renglón seguido, observando, con mucha razón, que los ríos entumecidos por las nieves derretidas exhalan siempre unos vapores espesos, lo que no sucede nunca con el Nilo. Finalmente, antes de tomar parte en esta discusión, asegura Diodoro que ningún griego había sabido nada positivo con respecto á las fuentes del Nilo; pero de todos modos falta explicar cierto pasaje oscuro de Aristóteles, donde dice que el Nilo nace en las montañas de plata, que en realidad parecen las llamadas de la Luna, de donde hace correr hacia el *mar exterior* otro caudaloso río, á saber: el Chremetes. Seguramente estas expresiones se refieren á algunas noticias particulares obtenidas por Alejandro, y que indudablemente no han ejercido influencia alguna en las opiniones geográficas más acreditadas.

Los escritos de *Artemidoro* de Éfeso han suministrado, sin embargo, á Estrabón algunas noticias muy circunstanciadas, tanto sobre las costas africanas del golfo Árabe como las que se extienden hasta el cabo Guardafuí, y aun algo más allá. Otro viajero, á saber, *Agatarchido* de Gnido, había descrito en estilo muy interesante las costas del golfo Árabe hasta las aguas de la isla de *Orina* ó *Dahlac*; mas, no sólo nos quedan únicamente de estos dos viajeros algunos fragmentos, sino que también fuera inútil buscar entre los modernos una relación más ilustrada sobre aquellas comarcas.

La *Troglodítica* empezaba en la ciudad

de *Berenice*, que de ella toma su sobrenombre; y, entre otros establecimientos de los greco-egipcios, contenía una *Ptolemaida*, llamada también por sobrenombre *Epi-Theras*, es decir, *de los elefantes*. En una de las numerosas islas del golfo se explotaba una mina de topacios. El nombre genérico de *Trogloditas*, ó habitantes de las cavernas, comprendía una multitud de tribus, de la que las unas, colocadas en el interior, perseguían el avestruz y el elefante, al paso que las otras vivían á orillas del mar y se alimentaban de pescados y raíces, por cuyo motivo los griegos les daban los nombres de *estroutófagos*, *elefantófagos*, *ictiófagos*, *visófagos* y otros menos vagos. Muchas tribus de la Troglodítica poseían vacadas y ganado cabrío; mas estos sencillos tesoros originaban muchas guerras, ó, por mejor decir, disputas continuas, que á veces terminaban á instancia de las mujeres. Algunos enterraban los muertos con ceremonias notables, pues ataban la cabeza con los pies del cadáver, luego le llevaban, así doblado, á una colina, y allí le arrojaban piedras, riendo alegremente hasta que le perdían de vista. ¿Podrá creerse que en Escandinavia hay sepulcros antiguos que contienen esqueletos colocados en la posición que acaba de indicarse, y debajo de montones de piedras, que, á la verdad, están dispuestas con cierto arte? Así es como las diversas supersticiones coinciden mutuamente en sus extravíos sin haberse imitado una de otra.

Los autores que vamos analizando colocan la comarca de *Sabea*, con la ciudad de *Sabas* ó *Assab* en el estrecho, un poco hacia dentro y otro poco hacia fuera. ¿Quién sabe si eran éstos los sabeos, entre los cuales se hallaban los palacios exornados de marfil, radiantes de oro y perfumados de ámbar, que nos describe *Agatarchido*? ¿Quién sabe si era una co-

lonia de árabes del mismo nombre, ó si estos nombres son denominaciones genéricas, cuyo sentido vago pone coto á las discusiones geográficas? Lo ignoramos. Verdad es que en tiempos de Plinio se conoció en el mismo solar la nación de los *adulitas*, que se conservó en él hasta el siglo sexto, y del cual es probablemente un resto el moderno reino de *Adel*. El nombre de *Adulis* se ha aplicado á una ciudad situada en el golfo de Matzua y á otra próxima á Zeila.

Después de haber pasado las islas cubiertas de palmeras y olivos que reducen hoy el estrecho de *Diræ*, de Bab-el-Mandeb, descubriase la comarca que producía la mirra, y un poco más distante la otra donde crecía la canela; cerca del cabo *Pitolao* se encontraba incienso; en los alrededores del puerto de *Pitangelo* la falsa canela, y hacia el cabo *Elefante*, que es el monte Fellis de nuestros mapas, crecía el cinamomo ó la canela. Estos aromas del África actualmente tan sólo se hallan en parte; pero ¿quién puede asegurar que no han desaparecido por efecto de las guerras desoladoras que acaso han interrumpido las comunicaciones con el interior? Por otra parte, es, todavía en la actualidad, muy poco conocida la costa.

La costa descrita por Artemidoro termina en un promontorio poco distante del cabo Guardafuí, llamado por los antiguos navegantes *Cuerno de Mediodía*. Como este mismo nombre se hallaba en el periplo de Hanón, donde significa un río, una entrada ó un brazo de mar, los geógrafos que reunían las costas descubiertas al este y al oeste del África, colocándolas en una dirección imaginaria y con arreglo á sus ideas sistemáticas sobre los límites de la Tierra, no pudieron menos de tomar por una misma cosa el cabo Cuerno de Mediodía, citado por Artemidoro, y el río de Mediodía de que

habla Hanón, aunque en realidad están separados por un espacio inmenso. Esta primera equivocación fué seguida desde luego por otra; puesto que, en virtud de la primera, la famosa isla de *Cerna*, situada por todos los autores notables en la costa occidental del África, fué llevada más cerca de la Etiopía oriental, siendo á poco incluida en ella por algunos escritores no muy celosos de la exactitud geográfica. Eforo parece haberla colocado enfrente del golfo Pérsico, suponiéndola inaccesible por una zona de fuego; Licofrón, ganoso siempre de manifestarse erudito, traslada á Cerna el lecho de la Aurora y de Titón. Alguien, verdaderamente muy erudito, que se complace en negarlo todo, ha deducido de estos pasajes que Cerna, que no es más que un islote de algunos estadios de circunferencia, era nada menos que Madagascar; y otro grande erudito, que se complace en afirmarlo todo, habiendo hallado en un escoliasta inédito que Cerna era un *lago* (error debido á la trasposición de una letra en el griego), se ha apresurado á comparar este lago imaginario con una gran laguna indicada por Artemidoro en la costa de Adel, y aplicar estas noticias doblemente confusas al gran lago Marawi, situado en el interior del África austral. Así es como los eruditos, no queriendo atenerse más que á un solo nombre, llegan á extender los descubrimientos de los antiguos más allá de todo límite verosímil.

La descripción del África occidental prueba cumplidamente que las ideas de su tiempo apenas alcanzaban las márgenes del Níger; pues no se cansa de decir, afirmar y repetir que el África está terminada por desiertos, ora se sigan las costas del Oceano, ora se penetre hacia el interior; y que con corta diferencia los romanos poseen todas aquellas partes que no están desiertas ó inhabitables.

Por lo tanto, nos parece indudable que los conocimientos de los griegos no pasaban del gran desierto de Sahara. Veamos, además cuáles son los países que Estrabón acierta á describir. Verdad es que bosqueja ligeramente la *Mauritania*, llamada por los griegos *Maurusia*, con la ciudad de *Lixo*, que era la última del imperio romano del lado del sudoeste; verdad es que conoce algo mejor la fértil región de los *massesilos* y de los *massilos*, que los historiadores han comprendido bajo la denominación de *númidas*, es decir, nómadas, cuyas capitales eran *Iol*, llamada por sobrenombre *Cæsaria*, y la opulenta *Cirta*; mas no nos dice nada de particular acerca de la nación mauro-numídica que, según Salustio, era oriunda de Media; que efectivamente presentaba, así en los nombres de los individuos como en los de los lugares, algunos rasgos de semejanza con las lenguas del Asia occidental. Estrabón, que tanto se complace en disertar sobre el origen de los pueblos, muestra una incuria grande con respecto á las naciones africanas, aunque describe más cuidadosamente las ricas llanuras del *África* propiamente dicha, que fué uno de los graneros de Roma, donde se veía, á la par de inagotables campos de trigo, huertas y viñedos, la ciudad de *Cartago*, que, restablecida en calidad de colonia romana, había llegado á ser la reina de las ciudades africanas.

Es muy de notar que Estrabón haya despreciado una oportunidad tan natural de dar á sus lectores una idea del antiguo imperio de Cartago; pero vamos nosotros á suplir su silencio con el testimonio de otros escritores. Las fértiles comarcas que se extienden desde el cabo Blanco hasta las cercanías del lago Tritón, al sur de la pequeña Sirte, formaban el núcleo de los estados cartagineses: allí había tierras espaciosas y fértiles, que cultivadas con inteligencia suminis-

traban á las primeras familias de la república una renta más segura que el beneficio del comercio; allí los colonos de Fenicia, mezclados con los indígenas, formaban la nación de los *libi-fenicios*, leales sostenedores del estado. Distínguese en ellas dos provincias, á saber: al norte la *Zeugitana*, con Cartago y sus ciudades aliadas, Útica é Hippo-Zaritos; al sur el *Bizacio*, el antiguo país de los bizantos de Herodoto, cuyas costas llevaban el nombre de *Emporia*, es decir, los puertos mercantes.

Entre las numerosas ciudades que llevaban aquellas comarcas, eran las unas antiguas colonias de fenicios que se unían á Cartago como á una hermana más feliz que les hacía las veces de madre, siendo las otras colonias cartaginesas que vivían tranquilas bajo un régimen severo, pero justo y benéfico. Fuera de este territorio central, que tenía sus avanzadas en la isla de *Melita*, ó Malta, rico taller de finísimas telas, Cartago, con sus 700,000 habitantes sólo poseía en África una línea de costas, porque la región *Sirtica*, con *Leptis*, únicamente estaba habitada en su interior por algunos nómadas; las ciudades llamadas por sobrenombre *Metagitas* eran plazas mercantiles sembradas en las costas de Numidia, cuyo interior no estuvo nunca sometido á Cartago; por último, más allá del estrecho de las Columnas, había una serie de ciudades marítimas fundadas por Hanón, y cuyo número, según algunos autores, ascendía á trescientas, las cuales se extendían al sur hasta los ámbitos del mundo conocido; pero los *farusios* y los *nigritas* las habían destruido. Tal era base de un poder que dominó en Sicilia, en Cerdeña, en España, y que estuvo á pique de salvar al mundo del yugo romano.

La *Cirenaica* ocupa en la descripción de Estrabón casi tanto espacio como los

estados cartagineses. Tan frondosa como fértil y triste, esta orilla del árida *Libia* contenía cinco ciudades griegas que le valieron el nombre de *Libia Pentápolis*, y entre las cuales se distinguía á *Berenice*, denominada primeramente *Hesperis*, actualmente Bernik, situada en lo antiguo no lejos de un agradable bosquecillo llamado el jardín de las Hespéridas; *Barce*, con su puerto llamado Ptolemaida que todavía conserva el nombre de Tolameta; y *Cirene*, patria de Eratósthenes, de Calímaco y de otros muchos sabios.

Al este de Cirenaica corrían las áridas costas de la *Marmárica*, de la cual se había desmembrado la *noma Libica*, que era una provincia egipcia, con el puerto *Paretonio*, que ha trocado su antiguo nombre por el de *Al-Baretou*. Las triples cosechas de la Libia, según el nivel diferente de los terrenos; las bandadas de gacelas, de antílopes, de carneros, de cornupetos, de vacas de Berbería, de chacales, de jabalíes, de comadrijas, y de gerbasias comunes, que poblaban sus montes y llanuras, y, por último, el *silfio* (1), que crecía en las costas de la Sirte, pero que en tiempos de Nerón había desaparecido casi por completo: todas estas riquezas naturales, observadas ya por Herodoto, demuestran que los griegos conocían aquella comarca algo mejor que nosotros. Probablemente habían desaparecido antes del tiempo de Estrabón los numerosos pueblos de la parte interior, de los que hemos hecho mención al analizar á Herodoto, puesto que sólo cita aquél el célebre oasis de *Amonio* y la nación de los *nasamonos*. Más al occidente, tras la región de los cartagineses y de los númeridas,

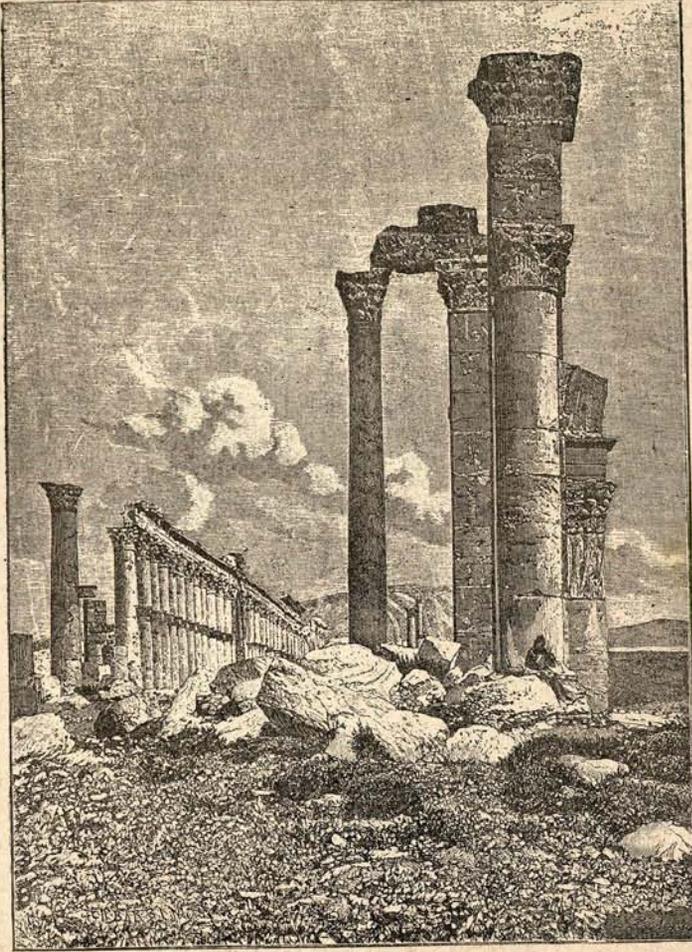
(1) Planta sudorífica excitante, y que su suave olor de mirra hace que sólo se la buscara para dar un sabor agradable y aromatizar los platos más delicados.

conoce á los *getulios*; y luego, en el interior de las tierras, á los *garamantas*, en una comarca que sólo tiene 1,000 estadios de largo, y que al parecer es el Fezzán; pero Plinio nos dice que los romanos habían adquirido noticias más extensas y algo más positivas acerca de aquel pueblo, que en concepto del sabio Virgilio vivía «más allá del curso del Sol, hacia los confines del mundo.»

Otro nuevo descubrimiento hecho en África, rechazado formalmente por Estrabón, ofrece tanta oscuridad, que á buen seguro será eterno objeto de duda para los sabios. Refiérome á la *Panchea* de Evemero. Según Diodoro, que tantas tradiciones semifabulosas nos ha conservado, Evemero, encargado de una expedición por Casando, Rey de Macedonia, descubrió un grupo de tres islas situadas al sur de Arabia, entre las cuales había una de 200 estadios de largo; pero la *Panchea* propiamente dicha era mucho mayor. Dicha isla estaba habitada por cuatro naciones diferentes, en una de las cuales el gobierno residía en tres reyes electivos que no podían imponer la pena de muerte sin el consentimiento del colegio de los sacerdotes. Había un templo magnífico con inscripciones en geroglíficos egipcios, y una comarca que contenía tres ciudades: *Piracia*, *Dalis* y *Oceanis*, y en la cual abundaba toda especie de árboles, de plantas y de animales; así, por una parte se veían palmeras de prodigiosa altura, viñas, mirtos y cipreses, que daban sombra al pacífico habitante; y por otra parte algunos bosques, mansión de elefantes y de leones. La isla tenía 200 estadios de largo, y el incienso que producía hubiera sido suficiente para surtir los altares de todos los dioses del mundo. Según Virgilio, el árbol resinoso que da esta sustancia crecía en medio de las arenas. Algunos autores citados por Plinio decían que en *Panchea* el *Fénix* de-

positaba su nido en los altares del Sol, que al mismo tiempo le servía de tumba y de cuna. ¿De dónde han salido estas maravillas? ¿De la imaginación exaltada de un árabe ó de un griego de Alejandría? ¿Es

acaso la Panchea una comarca imaginaria, una reproducción de la Atlántida? Tal es la opinión de Estrabón, de Plutarco y de casi todos los sabios modernos. Mas ¿por ventura hay alguna con-



tradición manifiesta en el relato de Evemero? ¿Está atajada? Las circunstancias físicas, algo embellecidas, recuerdan la región del incienso y de la mirra en la costa oriental del África; las leyes contra el despotismo se parecían á las que rigen en el Yemen; y según esto los pancheos no serían otra cosa que una colonia árabe establecida en África, sem-

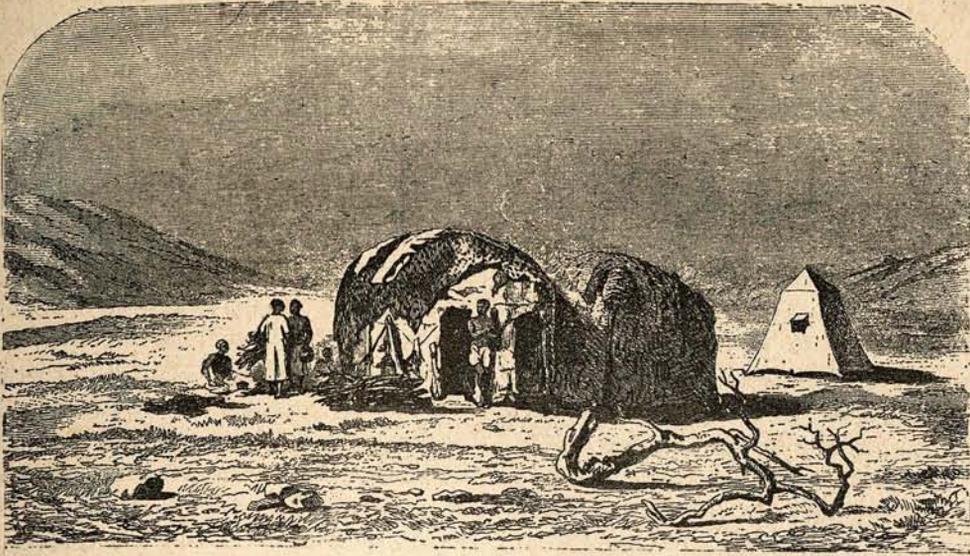
brada de colonias árabes, en el punto donde Pomponio Mela coloca al parecer sus *pancheos*. Y ¿por qué no deben reconocerse en ella las regiones visitadas por Evemero, y embellecidas por el fuego de su imaginación sobrado ardiente? ¿Por qué no se ha de reconocer el grupo de tres islas de que habla, en el cabo Guardafuí, con las islas de Sotocora y de

Abd-al-Curia? Lo cierto es que allí se reúnen dos circunstancias históricas de la relación de Evemero, esto es, la colonia de los griegos enviada por Alejandro, y la existencia simultánea de cuatro razas de habitantes muy distintos. Nada tendría de particular que Evemero incurriera en el error de tomarla por una isla el extremo oriental del África; pues ésta era igualmente nuestra hipótesis sobre Panchea, cuando supimos que el docto Gossellín, persuadido como nosotros de la existencia de aquella tierra, había dado razones muy ingeniosas para considerarla como idéntica con la isla de *Maceira*, situada cerca de la costa de Arabia. En la hipótesis de Mr. Gossellín hay muchas circunstancias que se explican confusamente; pero los geroglíficos egipcios, los elefantes y los leones, indican con sobrada claridad una comarca africana para prescindir de nuestra primera idea.

Aquí terminamos el resumen de la geo-

grafía de Estrabón, convencidos plenamente de que los lectores instruidos que nos sigan en el mapa se convencerán por sí mismos de la reducida extensión de los conocimientos geográficos generalmente admitidos entre los griegos á principios de la era vulgar. El vasto continente que habitamos les pareció terminar al norte por la desembocadura del Elba, y al sur en las regiones bañadas por el Níger, al paso que el máximo de la extensión de poniente á levante estaba determinado por una línea tirada desde el cabo de San Vicente hasta las bocas del Ganges. He aquí el célebre universo que el héroe macedonio intentó subyugar, y del que los romanos se creyeron casi dueños. Los reducidos límites de su geografía explican la razón por la cual llegaron á imaginar que su *eterno imperio* era superior á todo ataque hostil, supuesto que ignoraban cuántas y cuán dilatadas comarcas y pueblos belicosos se habían escapado de su yugo.





LIBRO NOVENO

Descubrimientos de los romanos y de sus súbditos.—Análisis de la geografía de Plinio: Africa.—
Desde J. C. al año 80.

GL imperio romano había llegado á ser la patria común de todas las naciones civilizadas: un comercio pacífico enlazaba todos los pueblos del mundo conocido, debiendo, poco á poco, ir dando á conocer otros nuevos. Muchas circunstancias retardaron, sin embargo, los progresos de la geografía, á saber: primeramente la facilidad de encontrar en los países ya descubiertos todos los objetos reclamados por las artes y por el lujo; luego los defectos de una navegación que carecía del auxilio de la brújula y de nuestros velámenes, por cierto más adecuados á los viajes de alta mar; y, por último, el poco conocimiento que tenían los antiguos de los vientos reinantes entre los trópicos. Mas ante todo, será preciso examinar los monumentos históricos que nos indican la marcha de los descubrimientos

en el decurso de este siglo. El compendio geográfico de *Dionisio el Periegetes*, expuesto en hermosos versos griegos que respiran la lectura de Homero; y el de *Pomponio Mela*, escrito en prosa, por lo común concisa y elegante, y á veces seca y oscura: he aquí las dos obras de este siglo más frecuentemente citadas, aunque no les falta poco para que su mérito iguale á su nombradía. Dionisio reseña en sus versos el sistema geográfico de Estrabón, sin dar noticia de ningún otro pueblo, fuera de los *indo-escitas*, puesto que conoce muy poco la parte occidental del imperio romano; y aunque su sobrenombre de *Periegetes*, ó viajero alrededor del mundo, ha alucinado á algunos críticos superficiales, es de advertir que este sobrenombre le ha sido común con muchos escritores, y que más bien se le ha atribuído por su obra titu-

lada *Periegetes* que por los viajes que ciertamente no emprendieran nunca. ¿Cómo es posible que algunos hayan llegado á creer que este poeta era el Dionisio de Charax, enviado por Augusto á Oriente á fin de recoger notas para uso del joven Cayo, que debía ir á militar contra los persas? ¿De qué utilidad podía ser á un general de ejército un poema descriptivo? Como quiera, lo cierto es que, tras muchas y muy doctas polémicas, es todavía un problema la época precisa de este autor, aunque probablemente pertenece al primer siglo de la era vulgar. Lo que parece positivo es que su libro fué publicado en los siglos de la ignorancia, habiendo adquirido cierta importancia á los ojos de los filólogos por el gran número de escritores que le han comentado é imitado.

El resumen de Mela, mucho más curioso para el geógrafo, ofrece el sistema de Eratóstenes. Entre sus detalles históricos, se notan algunas particularidades que ha debido tomar de obras que no han llegado á nuestras manos: parece dudar de la pretendida comunicación del mar Caspio con el Oceano; describe perfectamente el curso del Oxo en dirección á nuestro lago Aral; en el norte de Europa distingue la Escandinavia y las islas vecinas; sabe que los sármatas han extendido ya sus posesiones hasta el Báltico; y hace una descripción de las Galias y de España, que contiene algunas particularidades físicas; mas no hay que exigir de él una crítica severa, porque no compara, sino que se concreta á unir las relaciones antiguas y las nuevas. Con respecto á la Escitia y á la India, copia sin elección las anticuadas noticias de Herodoto: cuando habla del África, extrae sin escrúpulo el periplo de Hannon, y, juntando estos retazos con un fabuloso relato sobre el viaje de Eudoxio de Cízico, llena de pormenores

imaginarios una costa meridional del África no menos imaginaria, que hace pasar á través del continente.

Será en otras fuentes algo más auténticas en donde hemos de ir á buscar la historia de los progresos de la geografía. Aunque muy rico en monumentos de esta especie, el primer siglo nos ha legado tan sólo un corto número de ellos, porque los restantes han sido víctimas del tiempo y de los bárbaros. Entre las obras que han llegado á nuestras manos, debemos colocar en primera línea el *periplo del mar Eritreo*, que seguramente es del tiempo de la dinastía cesárea, ya porque se refiere á cierto César, ya porque no contiene el más pequeño indicio intrínseco de una época posterior. El *Arriano*, á quien se atribuye este itinerario náutico y comercial, era á buen seguro un comerciante romano establecido en Alejandría. Hay otro itinerario, que es el de los *Stathmi Parthici*, por Isidoro de Charax, que contiene muchos pormenores enteramente geográficos sobre el imperio de los partos. ¡Qué diferencia entre estas secas nomenclaturas y la animada descripción de Germania que nos ha legado un *Tácito*! Pero no puede decirse que este sublime cuadro de costumbres ofrezca á la geografía noticias de todo punto exactas y seguras, como que excita nuestra curiosidad sin satisfacerla, y nos obliga á echar de menos la historia de las guerras de Germania por Plinio. Este elegante y erudito compilador, que es el único por quien conocemos la geografía de los romanos del primer siglo, nos ha conservado preciosos fragmentos de una multitud de libros envueltos en el naufragio de la docta antigüedad. Entre dichos fragmentos hay la descripción del imperio romano hecha por orden y á la vista de *Agripa*, yerno de Augusto; los comentarios sobre el África por el rey Juba, tomados princi-

palmente de los libros cartagineses; la relación de *Estacio Seboso* sobre las islas Afortunadas; las memorias sobre la India por *Séneca*, cuyas cuestiones de historia natural se rozan frecuentemente con la geografía; y las relaciones de muchos generales y enviados romanos depositadas en los archivos del *Palacio*. Mucho mayor era todavía el número de autores griegos que había compulsado, y á él hemos recurrido para completar la exposición de las ideas geográficas de un Eratóstenes, de un Polibio, y aun de Estrabón, sin embargo de que no le cita nunca. A todos estos méritos reúne Plinio un defecto, natural á todas las almas ardientes que quieren abarcar la universalidad de los conocimientos humanos, y es que muchas veces copia sin analizar, y que no siempre entiende lo que copia. Poco enterado del valor de los diferentes estadios griegos, egipcios, babilónicos y otros, valúa siempre las medidas que le suministran sus autores en 8 estadios por milla romana, y por esto atribuye, por ejemplo, á Babilonia, 60 millas romanas de circunferencia, por haber valuado como estadios olímpicos los 480 estadios babilónicos de Herodoto. Plinio tiene, además, otro defecto, y es que no distingue con mucha exactitud los testimonios de los autores griegos antiguos de lo que podía aprender en las relaciones de sus contemporáneos; de manera que sus descripciones ofrecen á menudo una mezcla incoherente de sucesos relativos á siglos diferentes. Por último, carece también de principios fijos en orden á la extensión y á la configuración de la Tierra, como que anda vacilante entre Hiparco y Eratóstenes; y ora parece creer en la posibilidad de dar la vuelta al África por el Oceano y sin salir de la zona habitable, ora parece prolongar indefinidamente del lado del mediodía las tierras de nuestro continen-

te, mostrando sentir tan sólo que una zona abrasadora é inaccesible nos cierre las comunicaciones con la zona templada austral. A nuestro continente le atribuye 9,818 millas de largo, por 5,462 de ancho, según Isidoro de Charax; mas siendo los estadios de Isidoro, según parece, de 833 al grado, resulta que esta medida corresponde con corta diferencia á la de Eratóstenes. Por lo que hace á sus ideas sobre la extensión relativa de tres partes del mundo, están expresadas explícitamente en un pasaje, donde dice «que la Europa forma un *tercio* del continente, más un octavo; el Asia un *cuarto*, más un catorzavo; y el África un *quinto*, más un sesentavo»; siendo esto la condenación más formal de los que quieren extender los conocimientos de los antiguos hasta la China y aun más allá de la línea equinoccial.

Empezaremos por la parte que más han oscurecido los comentadores. «El África,—dice Plinio,—tomando un término medio entre medidas muy diferentes, tiene 3,648 millas romanas de longitud del este al oeste. Esta medida, calculada en estadios de 700 al grado, parece representar aproximadamente la extensión de las costas desde el valle de Catabatmo, situado entre el Egipto y la Cirenaica, hasta el cabo Noun, que, según Gosse-llín, debió ser el término de los viajes de Polibio. La anchura de la parte habitada del África no excedía en ningún punto de 250 millas romanas; mas, empezando por las fronteras de la Cirenaica, y siguiendo á través de los desiertos y del país de los garamantas, Agripa atribuye á esta parte del mundo 910 millas de ancho. Esta medida, debida seguramente á la expedición contra los garamantas, nos lleva hasta la otra parte de Agades y de Bornou, aunque sin llegar al Níger; mas, cualquiera que sean las discusiones á que pueden dar origen las cifras muy corrom-

pidas del texto, es evidente que los romanos no conocían sino la tercera parte del África.

Una vez aceptada esta verdad general sobre las mismas palabras de Plinio, debemos subordinar á ella todos los pormenores que nos anuncia. No bien este escritor romano tuvo conocimiento de las comarcas situadas allende los límites que asignaba al África, dispuso estos materiales de tal suerte, que cupieran todos en su sistema. Este es el uso que ha hecho de las noticias extensas, pero confusas, que le habían suministrado las obras del rey Juba con respecto al curso del verdadero Nilo y del Níger; como que, tomándolos por un sólo y único río, da de ellos una descripción pintoresca de la que vamos á citar los principales rasgos.

Luego de haber comenzado por confesar que no se sabe nada de positivo acerca de las fuentes del Nilo, dice Plinio que Juba, Rey de Mauritania, creyó haberlas descubierto en un lago considerable, situado en una montaña de la Mauritania interior. «El lago llamado *Nilis* no dista mucho de las orillas del Oceano, y contiene los mismos animales que se hallan en el Nilo, como, por ejemplo, cocodrilos. Además,—dice Plinio,—se ha observado que las avenidas del Nilo guardaban proporción con la masa de las aguas pluviales y de las nieves caídas en Mauritania.»

Este supuesto Nilo «indignado de atravesar tan áridos desiertos, se esconde debajo de la tierra durante un espacio de muchos días;» volviendo luego á aparecer en la Mauritania cesárea, en donde sale de un lago mucho mayor que el primero; echa una ojeada sobre los pueblos vecinos; y, como seguramente los masesilos no le caen en gracia, se esconde de nuevo debajo de tierra.

Por esta vez su indignación resulta

muy fundada, puesto que corre debajo de tierra por espacio de veinte días, hasta llegar á los términos de los etiopes; y siendo éstos, según testimonio de Homero, hombres muy honrados, el supuesto Nilo acaba por tomar la resolución de manifestarse nuevamente. «Conociendo la proximidad del hombre, sale del manantial llamado *Nigris*; su curso separa el África de Etiopía (es decir, las naciones blancas ó atezadas de los pueblos de color negro: los moros de los negros); no siempre están sus orillas cubiertas de viviendas; pero al menos alimenta animales donde quiera, y riega el terreno para alimentar en él algunos bosques. Cuando cruza la Etiopía, toma el nombre de *Astapo*.» Por lo dicho se ve claramente que Plinio considera el Níger y el Nilo como un solo río bajo dos nombres diferentes; mas no deja de sorprender que aplique al Nilo el nombre de *Astapo*, que todos los antiguos dan al Abavai. Concíbese, sin embargo, que este Astapo es el gran Nilo, puesto que «forma islas innumerables, entre las cuales hay algunas tan espaciosas, que el río, con ser muy rápida su corriente, emplea cinco días de camino en darles la vuelta.» Luego viene una oscura descripción del Astasobas y del Astoboras, brazos que se unen al Astapo, al que Plinio considera como el más occidental y principal. «El río reunido,—dice,—toma el nombre de *Nilo*; aunque durante el espacio de algunas leguas se le llama todavía *Siris*, como antiguamente.»

Esta descripción encierra probablemente algunos rasgos auténticos, aunque desfigurados por el espíritu de sistema. Primeramente, por un pasaje de Amiano-Marcelino, parece que el rey Juba había tomado todos sus conocimientos de los libros cartagineses, de lo que se concibe fácilmente toda la importancia. Supongamos, pues, que las dos primeras apari-

ciones del supuesto Nilo de Plinio sean unos riachuelos que corren por los lados meridionales del monte Atlas; mas el espacio desierto de veinte días de camino arguye claramente las soledades de Sahara; y la proximidad de las fuentes del supuesto Nilo á orillas del Oceano conviene perfectamente á la posición de las del Níger ó del Diali-ba.

Hé aquí lo que los libros cartagineses participaban al rey Juba. Siguiendo Plinio su sistema general, hubo de aproximar las latitudes de estos ríos diversos con que componía su Nilo, contando en seguida los veinte días de camino más bien del oeste al este que del norte al sur. A favor de estas modificaciones ha podido introducir estas distancias en su mapa de África.

Mela, contemporáneo de Plinio, y que lo mismo que éste considera al África como de menor extensión que Europa, dice que entre los etíopes occidentales hay una fuente que al parecer da origen á una de las ramificaciones del Nilo. El nombre *Nuhul* le parece á este autor una corrupción de la palabra Nilo. «Todos los otros ríos de esta comarca (habla de la Etiopía occidental) desaguan en el Oceano: éste es el único que se dirige al oriente;» y *Mela* no sabe, por cierto, nada de su paradero.

Estrabón dice en uno de sus pasajes que el Nilo se esconde debajo de tierra á poca distancia de sus fuentes, y cita en otro, aunque rechazándola, la opinión de los que creen que el Nilo nace en los términos de Mauritania, es decir, en las comarcas vecinas á las fuentes del Djoliba. ¿Acaso no prueban estos testimonios que el Níger y la Nigracia fueron conocidos del pueblo comerciante que disputó á los romanos el imperio del mundo? Pero la confusión con que los geógrafos griegos y romanos exponen estas tradiciones cartaginesas demuestra, por otra

parte, que ningún viaje, ninguna expedición de los griegos de Egipto ó de los romanos, había llevado la antorcha de la ciencia á aquellas regiones, que aun en la actualidad son hartó desconocidas.

Plinio, sin embargo, nos ha conservado el recuerdo y los resultados de muchos viajes realizados al Africa. En su descripción de Mauritania da un extracto de un periplo del historiador Polibio, que, según parece, no se había internado mucho mas allá del cabo Noun, puesto que las medidas generales que presenta sólo se extienden á 813 millas romanas al sur del estrecho de Gibraltar, donde coloca al *grande Atlas*, que de esta suerte correspondía al cabo de Noun. Al fin de la relación de Plinio reina una grande oscuridad, que da mucho campo á las hipótesis; pero creemos que, ateniéndonos á lo que el sentido literal ofrece más claro, no podemos dejar de reconocer que Polibio sabía de oídas la existencia de una costa situada al mediodía del monte Atlas, y poco más ó menos igual á la que separaba esta montaña del estrecho. Al extremo de esta costa hay el Río-de-Ouro, ó bien el golfo *dos Medaos*, que al parecer es el *Cornu Hesperii* de Polibio, de Hanón y de otros antiguos.

Tras aquella playa inhospitalaria, donde había en la parte de tierra un inmenso mar de arenas, y de la del mar una barrera flotante de yerbas marinas que detenían á los navegantes y viajeros, se conocía un pueblo de *daratitas*, que indudablemente son los habitantes del reino de Darah, el más meridional de los territorios del imperio marroquí.

Los *farusios*, sus vecinos, habían destruído las colonias fundadas por los cartagineses. Después de participarnos este hecho, Estrabón añade que, aunque raras veces, iban á Mauritania para hacer el comercio; que el punto de reunión era *Cirta*, ó sea la moderna Constantina,

á donde llegaban á través de unos lagos y sitios cenagosos, llevando cierta cantidad de agua en odres colgados del vientre de sus camellos. Plinio indica la morada de este pueblo al oeste del gran desierto, y Mela los representa como una nación que había sido bastante rica. He aquí probablemente una de aquellas tribus del desierto que en todos tiempos se han dedicado al comercio entre el norte del África y los países á donde las arenas del Níger y del Senegal arrastran oro. Sin duda la envidia comercial les puso las armas en la mano contra los cartagineses. ¿Serían acaso los habitantes de *Farcala*, región situada al sur de Segelmesa por León, y probablemente denominada *Vareclán* por el Edrisi? Al menos parece que esta tribu, que por algún tiempo fué comercial, ocupara un solar que es muy posible corresponda al de los farusios.

En el mismo Oceano Atlántico conocieron los romanos algunas islas, á que les plugo dar el nombre de *Afortunadas*; mas, para explicar la historia geográfica de aquella dominación, es preciso traer á la memoria las risueñas imágenes del mapamundi poético de los primeros griegos. Había ya llegado á oídos de Homero la pintura de las fértiles comarcas situadas al oeste de Grecia, como también la nombradía de los pueblos que en aquellas felices regiones llevaban una vida patriarcal. Dicho poeta colocó al occidente y á una distancia remota, aunque no muy adentro del Oceano, la encantada isla de *Ogygia*, donde reinaba Calipso, hija de Atlas; de manera que ésta debe ser la primera *Atlántida*. Los héroes llegaban al *Eliseo* ó isla de los Bienaventurados, pasando por la misteriosa entrada del Oceano, en donde había los sueños y otros fantasmas que se cernían delante de la caverna de los muertos; y éste debe de ser el tipo de

todas las islas Afortunadas. Uno ó tal vez dos siglos después de Homero, exaltaron más y más todavía la vivaz imaginación de los griegos las exageradas relaciones de Coleo de Samos, á quien arrojara una tempestad á la otra parte de las columnas de Hércules, sobre los encantos de Tarteso, y el aspecto del vaso sagrado exornado con ciertas figuras de hiperbóreos y de grifones existente en el templo de Juno en Samos; suministrando también á Hesiodo (cuyo siglo se ha supuesto demasiado remoto) una ocasión oportuna para agrandar el mundo poético de Homero. En vez de un solo Eliseo tenemos ahora muchas Islas Felices donde la tierra produce sabrosísimos frutos durante tres veces al año. En una dilatada comarca, bendecida por el cielo, reina al presente un rey llamado *Atlas*, de cuya unión con la ninfa *Hesperis* nacen siete hijas, llamadas *Atlántidas* del nombre de su padre, ó *Hespéridas* del de su madre. Estas ninfas, dotadas de una voz melodiosa, guardan el jardín de las manzanas de oro cerca de la entrada del Oceano y á poca distancia de la mansión de Atlas. En frente se hallan los sombríos reinos del Sueño y de la Muerte, donde moran diversos fantasmas, entre ellos las *Gorgonas*, que son tres hermanas aladas, con culebras por cabellos; y los *Greas*, que es otra trinidad de monstruos que no tienen mas que un ojo y un diente, y que indudablemente son las Parcas, aunque con una denominación diferente. Sabido es que Hércules y Perseo fueron á estas regiones: el uno para arrebatarse las manzanas de oro, y el otro para matar á Medusa, que era una de las Gorgonas. No olvidemos, además, que el Sol prestó su misterioso *navío de oro* al primero de los susodichos héroes para pasar á la isla *Erythia*, que era la mansión de las Hespéridas, y que de la sangre de Medusa que corría por los espantosos campos de *Kis-*

tenes nació el caballo alado Pegaso. Así, pues, ¡que monten el Pegaso, ó que se embarquen en el navío de oro, los que andan buscando la situación geográfica de aquellos países fabulosos!

No hemos de negar nosotros que la historia de Hércules Tirio, tantas veces reproducida por historiadores y geógrafos, sea una alegoría oriental por cuyo medio el poeta fenicio ha descrito las atrevidas navegaciones de sus paisanos y las conquistas que hicieron en el Perú de aquellos remotos siglos. Pero, estando demostrado, por el periplo de Hanón, que en tiempo de Herodoto los cartagineses no habían descubierto aún las islas Canarias, es evidente que no son aplicables á aquellas islas las vagas descripciones de un Hesiodo y de sus contemporáneos, donde se lee el nombre de *Erythia* como una simple vislumbre de la existencia de la célebre ciudad de Gades, que estaba situada á corta distancia. Ni aun después de haber penetrado en Grecia la relación de Hanón encontramos indicio alguno que traiga á la memoria las islas Canarias, sino es uno muy débil, á saber: el paraje donde Píndaro dice que «cerca de las islas de los Bienaventurados se ven algunas flores de oro que sobrenadan en el Óceano,» imagen que podría referirse á las verdes y floridas llanuras que, formadas de plantas marinas y flotando en la superficie del Oceano, pusieron coto á la navegación de los cartagineses.

Después de la fundación de Cirene y de los viajes de Herodoto, generalizose en Grecia una tradición distinta de la de Homero y de los fenicios. Habiéndose sabido que los egipcios designaban con el nombre de islas Afortunadas aquellas feraces comarcas, llamadas posteriormente *oasis*, y sembradas en los vastos desiertos de la Libia, no dejaron los griegos de Cirene de apoderarse de la idea de los

egipcios; y como descubrieran en la costa, aunque tan árida, de la gran Sirte, algunos terrenos donde la reunión del calor y de la humedad alimentaba una vegetación muy lozana, les dieron el nombre de *Jardín de las Hespéridas*. Allí es donde el naranjo y el limonero, haciendo gala de sus frutos dorados á los ojos de los griegos, les hicieron memoria de las manzanas de oro que Hércules fuera á buscar en el fabuloso occidente de los poetas. Escillax coloca el jardín de las Hespéridas á la orilla del mar, Estrabón hace de él un oasis del interior, y Plinio dice, con razón, que «la vagabunda fábula ha trasladado este nombre á cien puntos diversos.» Involucraronse y confundieronse las tradiciones: ora las ninfas Hespéridas fueron transformadas en *Amazonas*, y trasladada al Ponto Euximo la isla *Erythia* ó *Purpúrea*, que con estar iluminada en lo antiguo por los rayos del sol poniente, lo era entonces por la naciente claridad del alba; ora las Hespéridas seguían la suerte de sus vecinos los hiperbóreos, y se dió á sus islas el sobrenombre de Hiperbóreas, donde se colocaron las minas de estaño de Cornualla. Que los amigos de antigüedades apócrifas empleen estas islas viandantes como mejor les plazca, que un *Rudbek* las incorpore á su Atlántica lapona, y que un *Ovidio* reconozca en ellas el país de las Amazonas situado en la América meridional, importa poco: nuestros lectores, si es que han seguido bien el hilo de la historia, no tendrán necesidad de que se les demuestre lo absurdo de tales hipótesis, y arrojarán, con Plinio, las Hespéridas al país de las fábulas.

Lo propio sucede con las *Gorgonas*, cuya comarca, llamada *Kistenes* por Esquilo, ofrece al falso Orfeo el modelo de sus *islas de las Erinias*, ó de las Furias. Al recordar la cabellera de serpientes y las manos de hierro atribuídas á las Gor-

gonas, no podrá menos de concebirse cuán fácil era la confusión de una y otra fábula. Acaso la isla *Pæna* de Ptolomeo no es otra cosa que una nueva aparición de aquellas islas de las Furias, cuya fatal presencia aconsejó que evitaran, á los héroes de su bordo, la misteriosa nave de los argonautas, dotada de la facultad de hablar. Dejemos á cargo de Jenofonte de Lámpsaco la comparación de estas islas mitológicas con el país de los Gorillos, observado por Hanón; dejémosle que procure determinar hasta la posición de aquellas comarcas imaginarias, y veamos de qué modo se han introducido estas fábulas en la geografía.

Habiendo los focenses, hacia la LVII olimpiada, abierto al comercio de los griegos el occidente de Europa todas las fábulas de los siglos poéticos, como las islas Afortunadas, las Gorgonas y los Hiperbóreos, que Perseo visitara de paso, fueron arrojadas á los espacios desconocidos. Platón renovó su memoria con su cuento moral de la Atlántida. Verdad es que Aristóteles parece, en realidad, haber sabido que los cartagineses acababan de descubrir en el Oceano occidental una isla considerable, hermosa y desierta; mas este descubrimiento, desfigurado por Herodoto, ha debido perderse; como que Polibio, enviado en busca de los establecimientos cartagineses, no tuvo la menor noticia de semejante isla.

El primer conocimiento positivo que se tuvo de las islas situadas al oeste, data de los últimos tiempos de la república romana. Habiéndose refugiado Sertorio en España con su partido de romanos, supo que á 10,000 estadios, de la Libia (sin duda querían decir Iberia), se hallaban dos islas agradables, ricas en producciones naturales, y que le ofrecían una segunda patria en su tranquilo regazo. Asegura Plutarco que los indígenas consideraban aquellas islas atlánticas como el Elíseo ó

isla de los Bienaventurados, cantada por Homero. Mas ¿por ventura los guanches, habitantes de las Canarias, leían los poemas griegos? Esto es en lo que menos ha pensado el buen Plutarco. Así fueron los romanos, y no los canarios, los que dieron á las dos islas de Sertorio el nombre de Afortunadas. Veinte años después, *Estacio Seboso* reunió en Gades todas las noticias que se tenían sobre las islas occidentales, y adquirió el conocimiento de cinco, á saber: *Junnoia*, *Pluviala*, falta de aguas, *Capraria*, *Convalis*, notable por sus montañas, y *Planaria*, cuyo nombre arguye una naturaleza opuesta. El rey Juba hizo sobre este archipiélago nuevas investigaciones.

Al sudoeste de las islas *Purpurarias*, donde había establecido tintorerías de púrpura, conoció las seis islas siguientes. La primera de las islas Afortunadas se llama *Ombrios*. En ella no se encuentra vestigio alguno de edificios; en las montañas hay un estanque y algunos árboles semejantes á la cañaheja; de los cuales unos son negros, y se extrae de ellos un agua amarga; y los otros son blancos, y se saca de ellos un agua buena para beber. La segunda se llama *Junonia*; mas sólo se ve en ella un templete de piedra. Cerca de *Junonia* hay otra isla del mismo nombre, pero más pequeña, y luego se halla á *Capraria*, que abunda en gruesos lagartos. Desde estas islas se ve á *Nivaria*, así llamada por las nieblas y nieves de que está siempre cubierta. Á poca distancia de Nivaria hay *Canaria*, que contiene restos de edificios, y que debe su nombre á la multitud de perros de enorme tamaño que alimenta. En todas estas islas se hallan manzanos, palmas, muchos pájaros y *papiro*.

Á estos detalles físicos, Juba y Seboso añaden algunas medidas tan sobremanera corrompidas, que no es posible aplicarlas al actual estado de estas regiones

sin sujetarlas con Gossellín á correcciones excesivamente considerables. Ateniéndose solamente á las circunstancias físicas, d' Anville ha creído que las *Purpurarias* son las dos islas Lanzarote y Fuerteventura, que son también las *Atlántidas* de Sertorio y las *Hespéridas* de Seboso; *Canaria* es la Canaria de los modernos, y las nieves que cobijan la cumbre del pico de Tenerife han hecho aplicarle el nombre de *Nivaria*, á que Gossellín añade el de *Convallis*. Lo que se ha forjado de un árbol de cuyas hojas destila agua en la isla de Hierro, donde no hay agua de fuente, es muy posible que induzca á atribuirle los nombres de *Pluvialia* en latín, y de *Ombrios* en griego. Así, concluye d' Anville, quedan los de *Junonia* y de *Capraria* para las islas de Gomera y de Palma.

Estas aplicaciones arbitrarias, en las que está tergiversado el orden de nombres, parecerán poco satisfactorias al ver que Ptolomeo coloca las seis islas Afortunadas casi en una línea de norte á sur, denominándolas *Apropositos* ó la inaccesible, *Junonia*, *Pluitalia* (ó Pluvialia), *Casperia* (ó Capraria), *Canaria* y *Ninguaría*, es decir, *Nivaria*. Como que la disposición de estas islas, que sólo corresponde á la situación de Fuerteventura y Lanzarote, es algo sorprendente; y como que también se observa una uniformidad constante en el orden de los nombres; hemos partido de estas dos observaciones para llegar á una nueva explicación de la geografía de estas islas.

Las *Purpurarias*, donde estableció las tintorerías de orchilla, son los islotes que forman el puerto de Voladía, al sur de Mazagán, y se hallan precisamente á 625 millas romanas del extremo meridional de Fuerteventura; sea que se siga la costa del África, sea que se vaya bordeando al oeste, y en seguida al este, como parece que se hacía. Las dos islas,

Lanzarote y Fuerteventura, con los tres islotes de Alegranza, Clara y Lobos, representan el verdadero grupo de las islas Afortunadas. Hé aquí como conciliamos entre sí, y con el estado real de los lugares, las tres relaciones de Seboso, de Juba y de Ptolomeo.

<i>Nombres modernos</i>	<i>Seboso</i>	<i>Juba</i>	<i>Ptolomeo</i>
Alegranza.			Apropositos
Clara.	Junonia.	Junonia parva	Junonia
Lanzarote.	Pluvialia	Ombrios..	Pluitalia
Lobos..		Junonia..	
Fuerteventura.	Capraria	Capraria. .	Casperia

«Más allá de dichas islas Afortunadas, — escribe Plinio, — hay otras.» — Y más adelante se explica en estos términos: «Desde la playa de las islas Afortunadas se ven las de *Nivaria* y de *Canaria*.» Estas islas, según han creído todos los geógrafos, son Tenerife y Canaria, y también la *Convallis* y la *Planaria* de Seboso, que da á estas islas el nombre de Afortunadas, contraído por Juba á las cuatro precedentes.

Aquí se detienen los descubrimientos de Seboso y de Juba, lo mismo que termina la geografía de Ptolomeo. Las otras tres Canarias han sido desconocidas de los antiguos, ó, por lo menos, es imposible explicar con ellas sus relaciones.

En la explicación que estamos dando se conserva, casi del todo el orden de nombres, dase á conocer la posición de las islas Afortunadas de norte á sur, y se concilian igualmente las circunstancias físicas, porque Lanzarote ó Pluvialia no tiene más agua que la de las lluvias periódicas. Si todavía quedan algunas dificultades, es por las medidas de Seboso; pues, aunque d'Anville las ha creído susceptibles de explicación, Gossellín no ha podido explicarlas sino con el auxilio de suposiciones ingeniosas, pero arbitrarias.

Sean cuales fueren las consecuencias de esta nueva solución de uno de los

enigmas de la geografía antigua, es positivo que aquellas islas Atlánticas deben el nombre de *islas Afortunadas* á las tradiciones mitológicas. Este nombre, con ser usurpado, no obtuvo menor celebridad; puesto que se atribuyeron á las islas Atlánticas todas las ventajas y todos los atractivos con que adorna la fábula las islas de los Bienaventurados. Hé aquí los términos en que el más filósofo de los poetas las describió á los romanos, cansados de las guerras civiles. «Vosotros,—les dice Horacio,—vosotros, tan valientes, debéis abandonar estériles lamentaciones, bogar lejos de las márgenes de Etruria. Abierto nos queda el Oceano que circunda la Tierra: busquemos aquellos fértiles campos; busquemos aquellas islas felices donde la tierra produce anualmente y sin cultivo, las más pingües cosechas; donde las cepas florecen siempre sin ser podadas; donde el olivo no promete nunca en vano; donde la higuera muestra constantemente sus sazonados frutos. Allí brota la miel de lo hueco de las encinas, y la clara linfa corre á murmurantes borbotones por las laderas de las montañas; allí las cabras acuden espontáneamente á la mano que las ordeña, y la dulce oveja muestra sus tetas siempre llenas. Nada de contagio en los rebaños; nada de calores funestos al ganado; no corre el oso por la tarde á gruñir en torno de la majada; no está surcada tampoco la tierra por víboras enormes. ¡Qué de ventajas nos esperan, además, en ellas! No veremos allí los campos inundados por excesivas lluvias, ni el tierno trigo desecado por un viento abrasador; el rigor de las estaciones es templado por el rey de los inmortales. Sabed que los mortales no han introducido aún en ellas sus vicios; no aportaron allí los argonautas, ni las profanó con su planta la impúdica Medea; ni el infatigable Ulises, ni los navegantes fenicios, han dirigido sus

hinchadas velas á aquella playa que reserva Júpiter á los hombres virtuosos.»

Así la poesía triunfó de la verdad, conservando en los mapas el nombre de un país de hadas. La imaginación, que por espacio de muchos siglos había buscado al occidente la mansión de una dicha desconocida sobre la Tierra, adornó con todos sus ensueños el país más occidental de cuantos se habían descubierto, y «las vagabundas fábulas» tuvieron que detenerse en donde terminaba el antiguo mundo.

Después de discutidos los descubrimientos realizados al oeste, sigamos á Plinio al interior del África. «El monte Atlas,—dice,—encumbrándose del centro de las arenas, presenta del lado del África manantiales abundantes, selvas á cual más frondosas, y fértiles campos; al paso que del lado del Oceano, á que da su nombre, no ofrece más que precipicios estériles.» El autor parece suponer, en este pasaje, que el África confinaba directamente con el Oceano Atlántico al mediodía del monte Atlas. Así, cuando más abajo añade que *Suetonio Paulino*, salido de Lixó con tropas romanas, llegó en diez días al monte Atlas, le traspuso por espacio de algunas millas, y en un desierto de arena negra topó con un río que confundió con el Níger; basta con una ojeada por el mapa para observar que el primer río encontrado por los romanos debió ser el Gir de Segelmesse; basta con un poco de reflexión para juzgar que en el falso sistema de Plinio y de sus contemporáneos el Níger no podía correr por el África sino más cerca del Atlas, y en general más al norte que al este.

Otra expedición ofrece á primera vista resultados más positivos. Para formarse de ella una idea exacta, es preciso seguir fielmente la marcha del único autor que nos ha conservado su recuerdo. Des-

pués de haber descrito el África propia y la Cirenaica marítima, enumera Plinio las naciones del interior vecinas á estas comarcas. Cita á los *marmáridas*, que viven cerca del *Cabatmo*; luego los *ararauceles*, luego los *nasamones*, que se extienden hasta la gran Sirte; en seguida los *hasbitas*, los *macas*, y, á once jornadas oeste de la gran Sirte, los *hammanientes*, que hacían casas con una piedra de sal. Volviendo luego al sudeste, y en cuatro días de camino, se llega á una tribu de *trogloditas*, es decir, á una tribu que habitaba en cavernas, ó sea en una cordillera de montañas calizas, y que exportaba las piedras finas que recibía de la Etiopía interior.

Después de todas estas naciones, aparecía, entre los desiertos, la *Fazania*, que era una comarca que se extendía en dirección á la Sirte menor, es decir, un oasis, un valle que corría hacia el golfo llamado *la pequeña Sirte*, que en la actualidad es el golfo de Cabes. «Hemos avasallado,—dice Plinio,—á la nación fazánica con sus dos ciudades, *Alela* y *Cillaba*, como también *Cidamo*. Desde *Cidamo*,—continúa Plinio,—se extiende del oeste al este una larga montaña denominada *Ater*, por razón de ser negra. Siguen á continuación algunos desiertos, y luego se presenta *Matelgas* ó *Telgas*, ciudad de los garamatas; la célebre fuente *Debris*, y *Garama*, que es la capital de esta nación. Los ejércitos romanos han subyugado todas estas comarcas, de las cuales ha triunfado Cornelio Balbo.» En seguida enumera Plinio una porción de ciudades y de tribus, cuyos nombres adornaron el triunfo. «En él aparecieron,—dice,—en el orden siguiente, los nombres y los emblemas de las ciudades y de las comarcas conquistadas: *Tabidio*, lugarejo; *Niteris*, tribu; *Negligemela*, lugarejo; *Bubeio*, tribu; *Vel*, lugarejo; *Enipi*, tribu; *Thuben*, lugarejo; la montaña Negra, los

lugarejos *Nitibro* y *Rapsa*, la tribu *Discera*, el lugarejo *Debris*, el río *Nathabur*, el lugarejo *Tapsago*, la tribu *Dannagi*, los lugarejos *Boin* y *Pego*, el río *Dasibari*; por último, los lugarejos *Baraco*, *Buluba*, *Alasi*, *Balsa*, *Galla*, *Maxala*, *Zizama* y el monte *Gyri*, abundante en piedras preciosas.»

¿Qué luces puede sacar la geografía de esta lista de nombres sin la menor indicación de distancias? Una sola palabra escapa á Plinio que pueda manifestarnos la huella de Cornelio Balbo: hela aquí.

«El camino que lleva á los garamantas había quedado impracticable hasta ahora, porque sus hordas vagabundas rellenan los pozos; pero la guerra que posteriormente han hecho á los *oeensas* ha dado á conocer una senda más fácil y más corta para ir á su tierra en sólo cuatro jornadas de marcha.»

En otro pasaje, aunque desgraciadamente muy oscuro, Plinio dice que los *augilas* están á 250 millas romanas de la costa, y que desde su país hasta el de los *garamantas* hay doce días de camino. Herodoto sitúa á los últimos á diez jornadas de Augila, y á treinta del país de los lotófagos. Del lado del sur lindaban con los etiopes.

Comparando estas indicaciones con otras dos circunstancias, á saber, que Cornelio Balbo no halló río alguno caudaloso, y que al parecer dió fin y remate á su expedición en una sola campaña, podemos tal vez lisonjearnos de determinar algunos de los sitios por donde este General ha llevado sus tropas. Habiendo, al parecer, salido de *Oea*, ó de *Leptis*, ha pasado el monte *Giri*, que es el Goriano ó Gharian de nuestros días, y por *Maxalla* se ha dirigido á *Sebbah* ó *Selbah*, que llama *Cillaba*, que seguramente es el Gher de nuestros tiempos, y que es la ciudad más septentrional del Fezzán ó *Fazania*, país todavía reducido á la necesidad de sacar

agua de los pozos, aunque por otra parte produce muchas palmas. *Garama*, capital de los garamantas, es *Germa*, situada al sudeste del Fezzán. La ciudad de *Alasi* es probablemente el Mourzouk de los modernos y la capital de los *muchtusios* de Ptolomeo. La Garamática propiamente dicha, que sólo tiene 1,000 estadios de largo, es donde se halla, según todos los antiguos, una raza de bueyes cuyas enormes astas, inclinadas hacia adelante, los obligan á pacer caminando hacia atrás. Los modernos, lo mismo que los antiguos, hablan de la mucha densidad del cuero de aquellos bueyes; y si no dicen nada de las astas es acaso por falta de espíritu de observación. Tal vez los garamantas de Fazania son los *gamfasantes* de muchos antiguos, pues este nombre parece formado de la reunión de los de Garama y de Fazán; mas el poder de los garamantas se extendía á mayor distancia, puesto que ya Herodoto los consideraba como una de las naciones más numerosas. Dionisio el Periegetes los llama un pueblo inmenso ó ilimitado; Virgilio los nombra á continuación de los indios, y, extendiendo su país á la otra parte del trópico, está de acuerdo con las medidas consignadas por Agripa, que efectivamente nos llevan á Agades y Bornou. Por otra parte sólo debemos extender las posesiones de los garamantas á nueve jornadas de distancia del país de los etiopes occidentales, que por cierto no son otros que los *nigritas*. Esta consideración nos impide trasponer á Agades; por cuyo motivo se hace indispensable buscar en el seno de aquel oasis al *Tabidio* de Blabo en Tabou, ó Tivedou, su *Tápsago* en Tagazi, y sus *disceros* en las cercanías de Djedeb. En el desierto de Bilma, tan rico en sal gema, buscaremos á *Negligemela*, nombre indudablemente árabe; *Nedjed-ad-mailah*, es decir, país de la sal. El río *Nathabur* parece asimismo

significar el río que pasa por Tabou, que en árabe es *Nar-Thabou*. Otra excursión hacia el este condujo las armas romanas á las comarcas de Tibbo, designadas con el nombre de *Tuba* á través de las montañas Negras, ó sean, en nuestros días, las de Tibesti, y acaso hasta las márgenes del Ouadi-el-Ghazel, que parecen traer á la memoria á Bornou y á Dangala, por los nombres de *Boin* y de *Dannagi*. En Bornou observamos otra vez la costumbre que tienen los garamantas de ir á cazar negros, y aun la comunidad de mujeres que Plinio les atribuye. Hé aquí toda la extensión que se puede conceder á los descubrimientos de Balbo. Suponer que haya penetrado hasta el Níger es confundir á los garamantas con los nigritas, cuyo nombre omitió en su triunfo el general romano, y al que todos los antiguos citan como un pueblo distinto.

Los garamantas poseían aún al oeste del país de los ghedamos ó gadamos, con la ciudad del mismo nombre, la *Cidamo* de Plinio, y *Matelgas*, que en algunos manuscritos se lee *Talga*, que es probablemente el Telliagues de los mapas modernos. Es posible también que Berigán y Guargala, situados en el interior del país de Zab, dependiente de Argel, sean el *Baraco* y el *Galla* de Cornelio Balbo; lo cual estaría conforme con el dictamen de Ptolomeo, quien dice «que los pastos de los garamantas alcanzan, por una parte, el *Palos-Nubio*, en el Sudán, y por otra las fuentes del *Bagradas* (río que baña el reino de Túnez). Pero esta discusión corresponde al análisis de la geografía de Ptolomeo.

Todo el espacio de tierras situadas al mediodía del país de los garamantas y de las cataratas del Nilo, se llama Etiopía en el sistema geográfico de Plinio, y divide aquella dilatada región en *occidental* y *oriental*, presentando al Nilo como la línea que separa estas grandes divisiones,

que parecen recordar de pronto las mismas distinciones que en Homero, aunque en realidad son completamente distintas. Los etíopes de Homero y de los antiguos griegos son todos los pueblos meridionales de la Tierra; mas á poco esta añeja significación fué modificada de muchas maneras por los historiadores. Herodoto colocó sus etíopes de oriente en la India, ó, según otros, en Cólquida, y no dejó de observar sus cabellos rectos en oposición con la cabellera lanuda de los negros y etíopes de occidente. Plinio, tal vez enterado de la diferencia física entre los pueblos de la actual Abisinia y los que viven hacia el Níger, consideró al Nilo como una línea divisoria entre las dos Etiopías, y se jactó equivocadamente de haber penetrado el sentido de Homero. Verdad es que en su propia obra no podía dar con algunos medios para concluir que la Etiopía de Homero difería de la de los geógrafos, pues asegura que el lugar en donde Andrómeda fué expuesta al furor de un monstruo marino fué *Joppe*, en Palestina. Siendo, pues, Andrómeda la hija del Rey de Etiopía, se ve claramente que los poetas extendían la mansión de los etíopes hasta el Mediterráneo; y luego Homero considera á este pueblo vecino de los sidonios, sin atribuirles nunca la fisonomía de los negros, de los cuales no tenía idea alguna. También Estrabón, á quien han imitado los eruditos modernos, pone su entendimiento en prensa para encontrar exactamente su Etiopía en el antiguo poema de Homero; pero nuestros lectores, ya habituados á distinguir las tradiciones primitivas, poéticas y populares, de las *aplicaciones* que de ellas hicieron los historiadores, y de los *comentarios* á que dieron margen las mismas aplicaciones, no podrán menos de observar desde luego que el nombre de etíope, ó pueblo atezado, ha sido empujado de siglo en

siglo hacia los términos meridionales del mundo, tal cual fué conocido en cada época.

En el ánimo de quienes, como Hiparco, creían que el Africa y el Asia se unían por el sud, existía la creencia de que los etíopes y los indios eran vecinos. Parece que Virgilio y Lucano hicieron bajar el Nilo de los países fronterizos de la India. Pero Plinio, que, siguiendo el parecer de Eratósthenes, relativo á la extensión del Oceano, concede estrechos límites á su Etiopía, le atribuye tan sólo 2,100 millas romanas de largo del este al oeste, por 1,297 de ancho de norte á sud, incluso el Alto Egipto. Tales eran las medidas adoptadas por Agripa en su grande obra oficial, resultado de todas las memorias recogidas por los romanos; por donde se ve que en el siglo de Augusto los conocimientos geográficos apenas alcanzaban las montañas de Abisinia.

La Etiopía occidental es la que parece haber sido menos conocida. Hemos visto ya que, según Plinio, el río *Níger* no era más que un brazo del Nilo; mas al saber que el Níger alimentaba, como el Nilo, hipotótamos y cocodrilos, y que en sus orillas crecía la planta denominada *papiro*, como en Egipto, el naturalista romano se confirmó más y más en aquella equivocación. Este río se desbordaba con tanta regularidad como el Nilo. No parece sino que otros antiguos han tenido también algunas noticias acerca de las cualidades naturales de Nigrícia. «Entre los etíopes occidentales,—decía Eratósthenes,—el aire, que generalmente es puro, queda al amanecer y al anochecer oscurecido por ciertos vapores.» Ificrates aseguraba que en la Etiopía occidental se veía la *camelo-pardalis* ó la jirafa; y en estos últimos tiempos Mungo-Park ha visto dicho animal en las orillas del Níger. Ificrates conocía también la enorme serpiente *boa*. El oro fino de Etiopía

parece recordar asimismo los lavados de este metal en la Nigrícia; pero Plinio reconoce explícitamente que todo lo que se sabía en orden á los *nigrítas*, de que hacen mención tantos antiguos, estaba lleno de fábulas y nebulosidades; refiriendo como prueba de ello que el Rey de *Nigroë* (la *Nigira* de Ptolomeo) pasaba por tener un solo ojo colocado en medio de la frente.

¡Hé aquí los cíclopes de la fábula trasladados de Sicilia á Nigrícial! Así fué cómo los seres fabulosos fueron llevados de los países conocidos á las más lejanas



ÁFRICA.—VILLORRIO NUBIENSE
CERCA DE VADI-ALFA

oscuridades; y así es cómo los *pígmios* de Homero llegaron á ser un pueblo del interior del Africa. Los eruditos que buscan con todas veras la mansión de este pueblo, y que creen haber topado con el resto de ellos, no han alcanzado el conjunto ni la marcha de los descubrimientos, de los errores y de los sistemas histórico-geográficos de la antigüedad.

La Etiopía oriental, situada sobre el Nilo, era mucho más conocida. Plinio da cuatro itinerarios desde Syena en Egipto hasta Moroe, de los cuales unos siguen las riberas del Nilo, mientras que los

otros, que parecen atravesar el desierto de Bahiouda, se reúnen todos en algunos puntos esenciales, como la ciudad de *Nupsia*, *Nupsis* ó *Tenupsis*, que en nuestro concepto es la Nubia de los modernos; pues, si bien d'Anville prefiere apreciarla como la *Moroe* de los antiguos, en la actualidad conocemos ya el solar de Moroe. Los viajeros griegos citados por Plinio indican una multitud de sitios que sólo fueron encontrados en parte por los confidentes militares de Nerón. Así es como en Africa nacen y desaparecen las aldeas, aun en nuestros días. Por lo que ¿cómo nadie puede lisonjearse de encontrar los numerosos nombres de las tribus mencionadas por Plinio, y que seguramente fueron inventados en gran parte por los viajeros griegos y romanos? Lo que no admite duda es que así sucede con los *estrutófagos* ó comedores de avestruces; con los *acridófagos*, que se sustentaban de langostas y que fallecían á la edad de cuarenta años; y con los *pánfagos*, que devoraban cuanto caía en su poder. Cualquiera tribu africana que viviera en estas cavernas subterráneas, tan frecuentes en las tierras calizas, se la adornaba con el nombre de *trogoditas*. Muchas tribus han llevado el nombre de *gamfasantas*, seguramente por la enorme anchura de su boca. No se sabe si los *blemmios*, habitantes de la Nubia oriental, deben á sus infalibles flechas ó á la ferocidad de sus miradas el apodo que les han dado los griegos. El nombre, al parecer, mejor conservado es el de los *nubas*, aunque no ocupaban exactamente la Nubia de los geógrafos árabes y modernos, porque parece que los *nubas*, lo mismo que otros nómadas, iban errando de comarca en comarca.

Hay, además, otra cuestión oscura é importante, aunque despreciada por d'Anville, á saber, en dónde habitaban los *desterrados* de Egipto, ó sean los 240,000

guerreros que huyendo del despotismo de Psamético fundaron en las orillas del Nilo un estado dependiente del reino de Meroe. Eratóstenes colocaba la tierra de los desterrados á 8,300 estadios; Hiparco, seguido por Estrabón, á 8,800; por lo que no podía estar más al norte de lo que están la provincia nubia de Fazoql y la parte meridional de Kourdo-fán. Aquellos desterrados se titulaban á sí mismos *asamach*, y, según Herodoto, vivían á cincuenta y seis jornadas de navegación más arriba de Meroe; mas Estrabón, en cierto pasaje, los designa con el nombre de *sebridas*, y los coloca en una comarca denominada *Tenesis*. También los supone vecinos y señores de Meroe, observando que están gobernados por una reina; mas en otra parte este mismo autor les llama *sembritas* ó *sebirtas*, diciendo que su reina es vasalla de la de Meroe. En el mismo capítulo, aunque sin advertirlo, Plinio habla dos veces de este pueblo, al que llama *semberritas*. En primer lugar dice que la primera ciudad de los egipcios desterrados llevaba el nombre de *Esar*, que estaba situada á diez y siete jornadas de distancia de Meroe sobre la margen occidental, y que tenía enfrente otra ciudad llamada *Darón*. Así lo aseguraba Aristocreonte, uno de los viajeros griegos cuyo itinerario hasta Meroe nos ha dado Plinio; y luego añade, con arreglo á lo observado por otro viajero llamado Bión, que su capital moderna era *Sembobitis*, situada en una isla del Nilo; y por último, refiriéndose de nuevo al relato de Bión, dice que *Sembobitis*, *Asar*, *Darón* y muchas otras ciudades bañadas por el Nilo, obedecían á la reina de los *semberritas*. La ciudad de *Sembobitis* se hallaba á veinte jornadas de Meroe. Comparando todos estos pasajes, resulta evidentemente que los *semberritas* son los mismos que los *sebridas* de Estrabón, y los *asmach* ó autó-

molos de Herodoto; mas, para conciliar entre sí las medidas de Plinio y de Herodoto (dejando aparte las vagas indicaciones de Estrabón seguidas por d'Anville), es preciso observar que el primero cuenta por jornadas de camino, y el otro por jornadas de una navegación difícil.

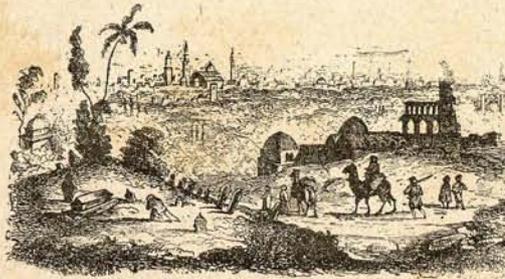
Las costas orientales del África representan, en la geografía de Plinio, únicamente una serie de oscuridades é incertidumbres, y aun parece que la inexactitud de los copistas ha intercalado en ella períodos enteros. El periplo del mar Eritreo nos da á conocer algo mejor el progreso de los descubrimientos hechos en aquellas regiones. El golfo *Avalitas* encerraba el puerto de *Malao*, que probablemente es el de *Isis* en Plinio, por donde se exportaba la excelente mirra de África; y el promontorio *Mosión*, que era el punto de reunión de las embarcaciones que desde Ceilán ó Taprobana traían el cinamomo, considerado falsamente por los antiguos como una producción africana. Es probable que las tierras próximas al golfo *Avalitas* llevaban ya el nombre de *Barbaria*, bajo el cual son designadas por escritores posteriores; puesto que, con poner en las nubes la mirra de África, no deja Plinio de llamarla *sordida ac barbara*, como efecto de cierto desdén relativo al nombre propio de la comarca en donde crecía aquella sustancia aromática.

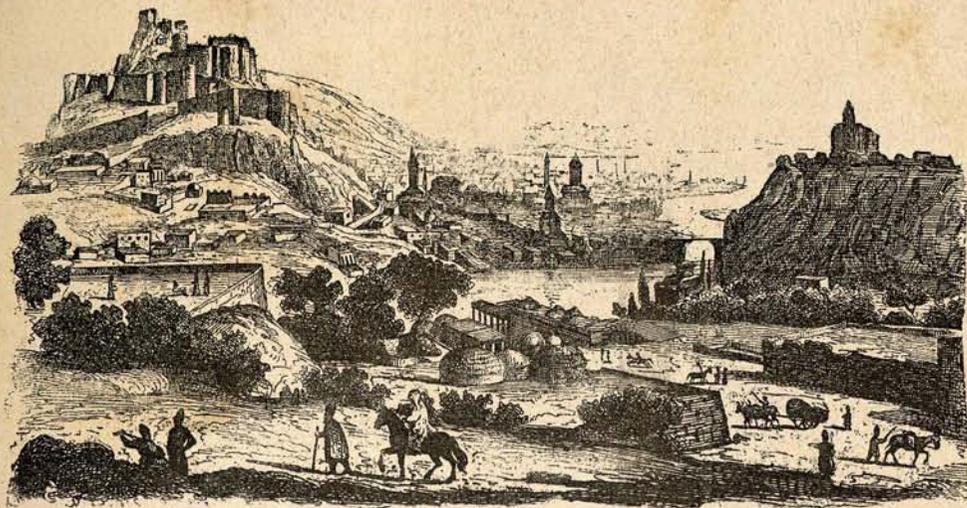
Los tres promontorios *Elefante*, *Arómata* y *Phalangis*, ó *Zingis extrema*, corresponden á los *Fellis*, *Guardafuí* y *Orfú* de nuestros mapas. Esta extremidad oriental del África, actualmente desierta, estaba á la sazón llena de establecimientos fundados por los griegos de Egipto. Sin embargo, al sur del promontorio *Noti-Cornu*, una costa árida, sin agua y sin puertos, detuvo por largo tiempo á los navegantes. Acababa de trasponerse este término de la geografía de Estrabón,

puesto que ya se iba al puerto de *Rapta* y á la isla de *Menuthias*, pareciéndole probable á Gossellín que el primero representa á *Bandel Velho* y la isla *Magadasho*. Aunque más allá de *Rapta* se conocía el promontorio *Praso*, que parece ser el cabo de *Brava*, los navegantes no penetraban nunca al sur de *Rapta*. «Esta parte del Oceano,—dice el periplo,—es de todo punto desconocida; pero se cree que continúa dirigiéndose al oeste, y que después de bañar las costas meridionales de Etiopía se junta con el Oceano occidental.» Hé aquí otro de los pasajes decisivos que al parecer demuestran cuán distante se hallaba la navegación de los antiguos de llevarlos al sur del Ecuador, y mucho menos alrededor del África.

Verdad es que Ptolomeo, cuya geografía termina también en el promonto-

rio *Praso*, señala á este punto una latitud que le lleva al sur del Ecuador; mas, si se examinan escrupulosamente los itinerarios empleados por este geógrafo, se verá que las medidas en ellos indicadas no debían hacerle traspasar el término marcado. Sin embargo, como que los principados ó *cheikhs* árabes de *Azania* dependían de un príncipe de la *Arabia Feliz*; y supuesto que, según *Plinio*, el comercio del cinamomo ó de la canela era monopolizado por un Rey de *Arabia*, no nos atrevemos á negar que en aquellas regiones pudieran los árabes extender más sus establecimientos y viajes, en cuyo caso la política mercantil debió inducirles á reservarlo como un secreto, ó, al menos, que ni los griegos ni los romanos tuvieron de ello conocimiento alguno.





LIBRO DÉCIMO

Descubrimientos hechos en Asia, según Plinio y el periplo del mar Eritreo.—Desde J. C. al año 80.

POR largo tiempo la navegación del mar de las Indias parece haber estado como estuvo la del mar del Sur antes de la llegada de los europeos. Los viajes de los fenicios y de los hebreos, sean los encaminados á la ciudad de *Ofir* en Arabia, ó á la desconocida tierra de *Ofir*, ofrecen poquísima certeza histórica ni exactitud geográfica para que un escritor de buena fe pueda permitirse sacar de ellos algunas consecuencias. Los primeros griegos que penetraron hasta las playas del mar de las Indias, llamado *mar Eritreo* ó *Rojo*, hallaron á los árabes-sabeos en posesión del comercio de la India. Éstos eran los árabes, nos dicen, de donde los fenicios habían sacado las mercancías que, por espacio de algunos siglos, enriquecieran á Tiro y á Sidón. Del mismo modo las conquistas de Sesostris, suponiendo-

las reales, sólo se extendieron hasta el promontorio Mosilón, situado enfrente de la costa de los sabeos. Así es que sólo faltan los indios á quien atribuir la prioridad sobre los árabes en la navegación de aquellos mares; pero las leyes de Menou prohíben á los indos engolfarse, y además acabamos de ver que todos los nombres de embarcaciones de mucho porte usados en el Indostán son de origen árabe, circunstancia que, al parecer, induce á rechazar cualquiera idea de antiguas navegaciones lejanas emprendidas por indios.

Aunque los árabes no tenían sino buques cubiertos de cuero, en cuya construcción no entraba un solo clavo de hierro, sus viajes á la India deben de remontarse á una muy lejana antigüedad, puesto que en tiempo de Salomón los artículos de este último país llegaban

hasta Jerusalén y Tiro. Los tesoros acumulados por los sabeos, y que excitaban la codicia del emperador Augusto, no podían ser sino el fruto de un monopolio concentrado por mucho tiempo en manos de aquel pueblo. La existencia de piratas muy atrevidos, con quienes toparon los griegos en la costa meridional de Arabia, ofrece también una prueba subsidiaria de la antigüedad de la navegación entre aquel pueblo, porque la avidez de los piratas nace de la contemplación de las riquezas allegadas por la industria del comerciante. Pero cuando se ve que aquellos piratas y sus imitadores ó descendientes establecen sus guardias en la costa Malabar, entre unos bajíos, y que lo mismo hacían los *ascitas* de Arabia para ir á atacar las embarcaciones, sin hacer uso de otra cosa que de las balsas sostenidas por odres, apenas se puede dudar que los navegantes árabes seguían las costas, y que, aun con el conocimiento de los vientos periódicos regulares, no se atrevían á fiar sus débiles buques al alta mar. Nada hay que pruebe que en tiempo de los Ptolomeos los griegos de Egipto hicieran directamente el comercio de la India; mas, si efectivamente lo hacían, no podía ser sino por medio de un cabotaje parecido al de los árabes.

Los proyectos de Eudoxio y de Jambulo para ir directamente á la India los conocemos únicamente por las relaciones de los escritores que los ridiculizan ó que los recargan de circunstancias fabulosas. *Hipalo*, más inteligente ó afortunado, proporcionó á los griegos de Egipto el conocimiento perfecto de estos vientos regulares que fijan de una manera invariable la navegación de la India, y que nosotros llamamos *monzones*. El del sudoeste, que lleva á la India las embarcaciones salidas del golfo Árábigo, recibió el nombre de *hipalo*. La navegación mu-

dó entonces de aspecto: el marino, haciéndose más osado, cruzó rápidamente los mares de Arabia, aportó en la península índica, y regresó por el impulso del monzón contrario. En tiempo de Augusto fué cuando la navegación á la India experimentó esta gran mudanza. Elio Galo, Gobernador de Egipto, hizo salir del puerto de *Mios hormos* (el Ratón), situado en la costa egipcia del golfo Árábigo, una flota compuesta de ciento y veinte embarcaciones. Halagados los romanos por las inmensas utilidades que sacaban de este negocio, le cultivaron con verdadero afán; negocio que era ya de mucha consideración en tiempos de Plinio, quien describe exactamente la derrota seguida por las embarcaciones para ir á la India, como también el tiempo de su navegación.

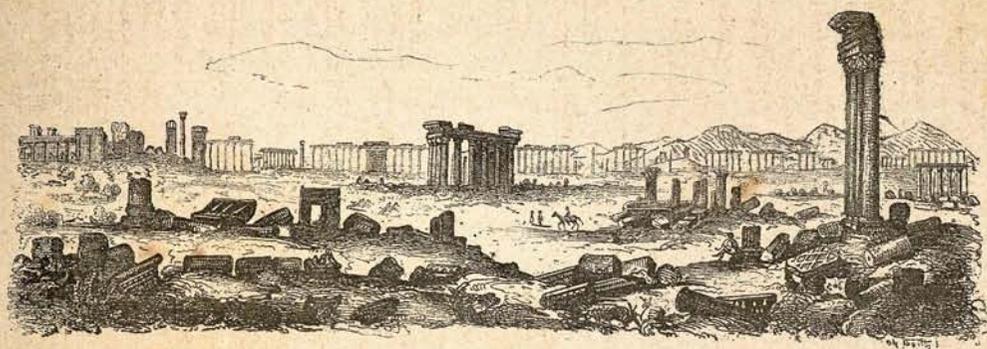
Al principio se embarcaban en el Nilo en *Juliópolis*, pueblo que sólo distaba 2,000 pasos de Alejandría; luego iban á *Coptos* navegando unas 300 millas, travesía que se alcanzaba en doce días; en Coptos se tomaban camellos para ir por tierra al puerto de *Berenice*, en el golfo Árábigo, y á 250 millas de distancia. Durante el curso de este viaje se descansaba en diferentes posadas, cuya elección había determinado el encuentro de las aguas; y como la mayor parte del camino se hacía de noche, á causa del calor, no se llegaba á Berenice desde Coptos hasta el dozavo. Al llegar allí, era preciso hacerse al mar en medio del estío, antes de empezar la canícula ó inmediatamente después, y en el espacio de unos treinta días se llegaba al puerto de *Ocellis* ó al de *Cané*, situados uno y otro en la Arabia Feliz. Luego se iba en cuarenta días de navegación á *Muziris*, primer depósito de la India, situado en la comarca *Limírca*, el moderno Concán, á favor del viento hipalo ó de sudoeste de occidente. Las embarcaciones salían de

la India en invierno, para poder regresar en el curso del mismo año. A la vuelta se navegaba por el Oceano Índico á favor del viento vulturno ó de sudoeste, y por el golfo Arábigo á favor del viento de Africa ó de mediodía.

Otro ramo del comercio de la India, que á buen seguro se remonta á una época antiquísima: *Patala*, situada hacia la desembocadura del Indo, recibía por medio de caravanas y navecillas las telas

finas cuya fabricación en la India es muy antigua: los gerreanos iban á buscar estas mercancías, lo mismo que el incienso y la mirra de la Arabia meridional; luego las trasladaban á Babilonia, y algún tiempo después á Batné sobre el Éufrates, ó bien á Palmira en Siria, á través del gran desierto, y más antiguamente á Tiro, donde toda la comarca de Gerrha era conocida con el nombre de *Daden*.

Ciertas relaciones oscuras y contradic-



RUINAS DE PALMIRA

torias nos indican un tercer camino para la India. Según Plinio, habían dicho á Pompeyo que los géneros de la India podían embarcarse en el *Icharo*, río que desembocaba en el *Oxo*, ó sea el actual Djihoun ó el Amou-Daria, que los antiguos consideraban como tributario del mar Caspio. En seguida podían trasladarse los géneros á la desembocadura del *Ciro*, y luego á las orillas del Fase en la Cólquida. Estrabón asegura, siguiendo á Patroclo, que las mercancías de la India eran trasportadas á Hircania por el Oxo, y en seguida á las orillas del Ponto Euxino por *los ríos*. El mismo autor asegura que los *aorsos*, pueblo que habitaba al noroeste del mar Caspio, trasportaban por las orillas del Ponto, y á favor de sus camellos, las mercancías indias que recibían de los armenios y de los medas.

Se han explicado de mil formas distintas estos oscuros pasajes. Los que creen en una antigua desembocadura del Oxo en el mar Caspio, interpretan al pie de la letra lo que Plinio supo sólo de oídas; pero del pasaje donde Estrabón dice que el *Iaxartes*, ó nuestro Syr-Daria, desagua también en el mar Caspio, se puede colegir indirectamente, según buen discurso, que el Oxo ha desembocado siempre en el mismo punto en que desemboca actualmente (1). El que tienda la vista sobre un mapa se convencerá de que el Iaxartes no ha podido nunca desembocar

(1) Desde que Malte-Brun emitió esta opinión, algunos viajeros dignos del mayor crédito (Muravia y Abbot) han reconocido un lecho desecado que se extiende desde el nacimiento actual del río hasta el mar Caspio, y que debió ser, indudablemente, el del Oxo.

directamente en nuestro mar Caspio; así parece que los antiguos habían tomado por un golfo del mar Caspio el lago de Aral, del que sólo conocían el lado meridional. De donde resulta que las mercancias de la India debían ser trasportadas por tierra desde las márgenes del Oxo hasta su destino ulterior. Presentábase, naturalmente, dos caminos, á saber: el uno por el *Oco*, ó el Tedjen, el mar Caspio, el *Ciro* y el *Fase*, y éste es probablemente el que Estrabón designa cuando habla de los ríos por donde se dirigía este comercio. El otro camino natural consistía en dar la vuelta al mar Caspio por el norte, y éste es el que casi nos atrevemos á asegurar que seguían los *aorsos*, caballeros en sus camellos, aunque Estrabón supone que atravesaban los precipicios del Cáucaso, donde era imposible hacer uso de los camellos con buen éxito. Este era el camino habitual de los comerciantes de la edad media, y el que debieron seguir los antiguos viajeros griegos que dieron á conocer á Herodoto la verdadera naturaleza del mar Caspio. Lo que parece haber hecho incurrir en equivocación á Patroclo y á Pompeyo y á los que hablaron posteriormente, es una falsa hipótesis sobre el mar Caspio, á saber: el estrecho imaginario que, uniendo este mar, según la mayor parte de los antiguos, al Océano septentrional, les obligaba á situar al sur el camino comercial que en realidad debió existir al norte.

De esta exposición de los caminos que seguían los viajeros comerciantes resulta que la Arabia, la costa de Malabar y los países situados sobre el Oxo deben llamar especialmente la atención del historiador que sigue los progresos de la geografía.

Ya antes del tiempo de Plinio se conocía el camino hacia la *Sérica*; mas no hablaremos todavía de este país, aislado

del conjunto de los descubrimientos, porque las noticias á él relativas han de tomarse de obras posteriores.

El que recuerde la descripción que hemos trazado de Arabia, según Estrabón, sabrá que los antiguos, en la época de este geógrafo, conocían imperfectamente esta gran península. Sigamos ahora con el sabio *Manner* el periplo del mar Eritreo, aumentándole con algunos rasgos de una nomenclatura tan confusa cual es la que nos ha legado Plinio, y observaremos algunos progresos sensibles en la geografía. El periplo nos anuncia que el sitio denominado *Leuce-Kome*, ó el pueblo blanco, situado enfrente de *Berenice Troglodítica*, y en consecuencia referido oportunamente á Haoura por Bochart, á quien sigue d'Anville, servía de estación á un destacamento de soldados y de aduaneros romanos. Desde *Leuce-Kome* hasta los términos del Yemen moderno había muchos escollos y piratas, y faltaba un puerto bueno; por cuyo motivo los navegantes de las costas de Arabia evitaban la presencia de aquellas aguas. La primera ciudad que ofrecía un asilo para el comercio era *Muza* en la Sabea. El puerto de *Ocelis* recibía las flotas que iban de Egipto á la India. En pasando el estrecho, se nos presenta una ciudad antigua y floreciente, la *Edén* de los hebreos, la *Adén* de los árabes, y la *Atana*, ó, por mejor decir, *Adana*, cuyo nombre había oído Plinio, aunque ignoraba su posición. Por nuestra parte, estamos dispuestos á creer que Adén corresponde al puerto denominado *Arabia Felix* en el Periplo, y *Arabia Emporium* por Ptolomeo, como quiera que este último geógrafo la ha situado más al este. Siglos hacía que Adén era el centro del comercio de la India; y aunque fué probablemente arruinada por la escuadra de Elio Galo, como puede colegirse del periplo, habíase ya realza-

do en tiempo de Plinio, y hasta el siglo décimo octavo conservó algunas reliquias de su esplendor. Más al este había *Cané*, cuya situación es insegura, por más que d'Anville, fundado en una semejanza de nombre, la ha reconocido en Cava-Camin; y servía de última estancia á las embarcaciones que iban á la India. Tal era el puerto de la ciudad de *Sabbatha*. el Mareb de los modernos, y la capital de los *chatramotitas*, es decir, habitantes del Hadramaut, cuya dominación se extendía del lado del este sobre la provincia de Sachar, ó sea el antiguo país de los *sacalitas*, patria de aquellos preciosos arbustos cuyas gomas y resinas olorosas, que tanta celebridad han adquirido con los nombres de *incienso* y *mirra*, perfumaron los templos de las deidades griegas, y, prodigados sobre la tumba de una Popea, señalaron el insensato lujo de los romanos. Colinas de arcilla bañadas en manantiales salitrosos y cobijadas por una nube de vapores mefíticos: hé aquí los términos en que describen los antiguos la *región del incienso* y la de la *mirra*, que parecen haberse extendido á lo lejos en el interior de la Arabia. Plinio dice que no había podido conciliar entre sí las descripciones contradictorias de los árboles que exhalaban aquellos perfumes y cuyas ramas empleaban los árabes á guisa de fogotes. Un Príncipe del Hadramaut extendía su dominación sobre la isla de Socotora, llamada *isla de Dioscórides*; y, como de esta árida tierra sacaba algunas rentas, es de creer que el áloe vendido en Cané era, en parte, procedente de ellas, y eso tanto más cuanto que el áloe de Socotora en la actualidad es reputado como el mejor. Los *catabanos* ó *gebanitas* se habían enseñoreado del interior del país; y las caravanas que traían los aromas á Siria pagaban un tributo al pasar por *Tamna*, ó *Thomna*, que era la capital de aquel pueblo. *Nagía*

era la más hermosa de sus ciudades, y estaba adornada con sesenta y cinco templos.

El golfo *Sacalitas* ofrece grandes dificultades. Según el periplo, «está terminado por el monte *Siagros*, que es el promontorio más notable del mundo, y que mira al levante.» Este promontorio debe de estar situado también enfrente del de *Arómata* en África, y el mismo golfo *Sacalitas* debe de estar enfrente de la isla de Dioscórides. Comparando con estas indicaciones la distancia dada por Plinio desde este promontorio hasta la isla, y que nosotros calculamos en 2,240 estadios de 700 al grado, parece que el cabo *Fariach*, situado al oeste del golfo de Sachar ó Seguer, corresponde al Siagros de los primeros viajeros griegos y romanos. Además de esto, los sitios que el periplo nombra después del promontorio Siagros están representados como si estuvieran en el golfo *Sacalitas*. Verdad es que Ptolomeo corrobora la situación del promontorio al oeste del golfo *Sacalitas*, pero parece que le sitúa á la altura del cabo Morebat, y que hace corresponder el golfo en cuestión al denominado *Giun-al-Haschih* ó bahía de las Yerbas. D'Anville adopta esta última parte de la opinión de Ptolomeo, pero desecha la relativa al promontorio Siagros; y, creyendo leer en el periplo que este cabo es la punta oriental de Arabia (lo cual no dice el texto griego), le toma por el cabo Ras-el-Had de los mapas modernos. De todas estas equivocaciones resultaría en el mapa de Arabia un gran vacío del lado del mediodía y del oriente; al paso que, siguiendo las indicaciones del periplo, ya calculadas por el ingenioso Bochart, tropezamos en algunos pueblos mencionados en la inmensa nomenclatura, y aun algunas ciudades citadas por Ptolomeo. Así el *Moscha*, donde los navegantes permutaban las mercancías

de Europa y de la India con el incienso amontonado á lo largo de las playas del golfo Sacalitas, no es el Mascate de los modernos, sino un puerto junto á Dofar, donde aun en nuestros días se hace la exportación más importante de este perfume.

Al extremo del golfo Sacalitas comienza el país de los *asiques*, en cuyo nombre se reconoce el de Giun-al-Haschih y de la ciudad de Hasec. Enfrente de su distrito se hallan las islas de *Zenobio*, llamadas actualmente islas de Curia-Muria. En seguida el periplo nos da á conocer un golfo ú hondura donde los navegantes no querían penetrar, y donde vivían unos pueblos bárbaros sometidos á Persia y llamados *ictiófagos* por Plinio. La ciudad de *Ausara*, citada por Ptolomeo, nos da á conocer el solar de los *ausaritas* de Plinio, entre los cuales se recogía una especie de mirra. Delante de aquel golfo se halla la isla de *Serapión*, abundante en tortugas según el periplo, probablemente la *Chelonitis* de Plinio y la Maceira de los modernos. Toda aquella costa forma parte de la provincia de Mahrán, y en ella coloca Ptolomeo una ciudad llamada *Amara*, y Plinio una nación de *epi-maranitas*, es decir, vecinos á los maranitas, como también una tribu de *caldeos*, que al parecer corresponde al país de Gad. Los montes Gemelos de Ptolomeo ocupan seguramente el cabo Ras-el-Had, y el promontorio *Corodamum* representa el de Curiat. El *Kriptos limen*, ó puerto oculto, recuerda el sitio donde se halla el puerto de Mascate, que tal vez es el *Machorbas* de Plinio. El *Omna* de este autor parece ser la ciudad de Omán, de la que Omana en Carmania fué seguramente una colonia; mas el golfo del mismo nombre, según el periplo, dista mucho de la comarca de los osmanitas, y este nombre árabe denota solamente «el golfo de la izquier-

da.» El cabo Musseldón ó Mocendón, llamado *Maceta* por Nearco, es el promontorio *Asabón* del periplo y de Ptolomeo. Los príncipes griegos de Messenia, que es una comarca encajonada entre el Tigris y el Eufrates, enviaban sus escuadras hasta los alrededores de este cabo. El rey Juba se procuró también algunos itinerarios circunstanciados sobre la costa oriental; y si se comparan con las descripciones de Ptolomeo los extractos que de ellos nos ha legado Plinio, aunque con mucha confusión, se tendrá la prueba de que los antiguos la conocían acaso mejor que nosotros.

Los *catareos* formaban una de las principales tribus, la cual, además de la ciudad de Gerrha, de que hemos hablado repetidas veces, contenía la de *Rhegma*, que desde los más remotos siglos florecía notablemente por su comercio. Plinio indica la isla de *Tilos* con sus bancos de perlas, sus algodonaes, sus palmares, sus bosques de tamarindos y sus fuentes salobres empleadas en el riego. Su descripción no permite absolutamente dudar de que esta isla es el Bahrein de los modernos; su pequeña Tilos es nuestro Arad, ó el *Arado* de algunos antiguos; pero las islas *Tiros* y *Arado* de Ptolomeo ocupan una posición diferente de la de Tilos de Plinio.

Tales nos parecen las partes marítimas de la Arabia bien conocidas en tiempo de aquel naturalista. Por lo que hace al interior de esta comarca, no le conocemos mejor que le conocieron los romanos del tiempo de Plinio, y aun más en el reinado de Trajano. ¿Deberemos acaso ocuparnos en investigar penosamente las huellas oscuras de los *cedreos*, que al parecer son los *kedareos* de la Sagrada Escritura; de los *timaneos*, ó sean los *temanitas* de Hiob; y de algunas otras tribus cuyos nombres podríamos reconocer? Mejor será advertir que todos aque-